

**¿QUÉ SIGNIFICA SER DE IZQUIERDA
EN EL SIGLO XXI?**

EDELBERTO TORRES-RIVAS
ENRIQUE GOMÁRIZ MORAGA

**¿QUÉ SIGNIFICA SER DE IZQUIERDA
EN EL SIGLO XXI?**

EDELBERTO TORRES-RIVAS
ENRIQUE GOMÁRIZ MORAGA



FLACSO
COSTA RICA
15 años

Sede Académica, Costa Rica.
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)



ESTA PUBLICACIÓN ES POSIBLE GRACIAS AL APOYO INSTITUCIONAL DE LA
AGENCIA SUECA DE COOPERACIÓN PARA LA INVESTIGACIÓN (SAREC)
DE LA AGENCIA SUECA PARA EL DESARROLLO INTERNACIONAL (ASDI).

La serie Cuadernos de Ciencias Sociales es una publicación periódica de la Sede Costa Rica de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. Su propósito es contribuir al debate informado sobre corrientes y temáticas de interés en las distintas disciplinas de las Ciencias Sociales. Los contenidos y opiniones reflejados en los Cuadernos son los de sus autores y no comprometen en modo alguno a la FLACSO ni a las instituciones patrocinadoras.

ISSN:1409-3677

© Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)

Sede Académica Costa Rica
Apartado 11747-1000, San José, Costa Rica
Web: <http://www.flacso.or.cr>
Primera edición: Junio 2007.

Director de la Colección: Carlos Sojo
Portada y Producción Editorial: Jorge Vargas G.

ÍNDICE

Presentación.....	7
1. NOTAS PARA UNA CRÍTICA DE LA RAZÓN REVOLUCIONARIA	9
1.1 Centroamérica como punto de partida.....	11
1.2 El escenario mundial.....	14
1.3 América Latina también escenario.....	21
1.4 Finalmente, el marxismo	27
2. ¿QUE SIGNIFICA SER DE IZQUIERDA EN EL SIGLO XXI?....	29
2.1 Introducción: sobre la validez de la interrogante	29
2.2 Ser de izquierdas ¿en qué contexto? Acerca del presente cambio epocal	35
2.3 Sobre lógicas civilizatorias y una nueva relación entre fines y medios	45
2.4 Mercado, economía, globalización	49
2.5 Estado, sistema político, democracia	57
2.6 De la organización de la sociedad civil a la creación de ciudadanía.....	65
BIBLIOGRAFÍA	74

PRESENTACIÓN

El cuaderno que aquí se presenta está compuesto por dos textos sobre las izquierdas en América Latina, que conforman lo que -al estilo clásico- se reconoce como un esfuerzo de “balance y perspectivas”. Incluso puede afirmarse que, sin habérselo propuesto de antemano, esa es un poco la división del trabajo que aparece entre ambos ensayos.

En efecto, el primero es mucho más una visión retrospectiva y un balance de la razón revolucionaria, aunque también haga algunos alcances sobre el futuro inmediato de la izquierda; mientras que el segundo texto es, a la inversa, mucho más una mirada al horizonte, desde un presente referido a lo que significa ser de izquierdas en los inicios del siglo XXI.

Sin embargo, ambos textos han tenido una motivación similar: responden a sendas convocatorias hechas en 2006 y 2007 por la Fundación Friederich Ebert (la segunda en el marco del III Congreso Centroamericano de Ciencias Políticas) para reflexionar sobre la izquierda centroamericana –y latinoamericana- y sus posibilidades de orientar sustantivamente el desarrollo en la región. Desde luego, estas convocatorias hay que situarlas en un cuadro más amplio: responden a un momento histórico en que el apoyo ciudadano a las fuerzas progresistas y de izquierda crece apreciablemente en América Latina, hasta conducir las al gobierno, como ha sucedido en una serie significativa de países. Pero también creemos que uno de los rasgos que tiene ese ascenso es que sucede cuando todavía está lejos de agotarse el debate sobre las ideas y las estrategias que han marcado a la izquierda en el pasado.

Y si hay algo en lo que ambos coincidimos es precisamente en eso: que las izquierdas no pueden enfrentar el futuro sin revisar si los instrumentos y aperos que necesitan para el camino son o no los adecuados. Hemos de advertir que no estamos hablando de detalles o tácticas puntuales, sino de conceptos y estrategias centrales: ¿hay que abandonar definitivamente el paradigma de la revolución violenta para transformar la sociedad? ¿Si así fuera, qué consecuencias últimas tendría eso? ¿Se convertiría el paradigma reformista en la única vía posible para el cambio social? ¿Cuáles son las lecciones aprendidas de las experiencias del siglo XX? ¿Puede seguir siendo la democracia simplemente un instrumento, más o menos accesorio, para la izquierda, o adquiriría definitivamente un valor sustantivo?

Ahora bien, el hecho de que ambos textos confluyan en la necesidad de despejar sin paliativos estas gruesas interrogantes, no disminuye la evidencia de que parten de orígenes y preocupaciones diferentes.

Las *Notas para una crítica de la razón revolucionaria* parten de la necesidad, varias veces postergada, de sacar a la superficie un ajuste de cuentas personal con un pasado atrapado en el paradigma revolucionario, que hace tiempo, mucho tiempo, debió haberse hecho colectivamente. Y de hacerlo sin disimulos, con la rabia y el desgarramiento que produjeron.

Por su parte, *¿Qué significa ser de izquierdas en el siglo XXI?*, se plantea como una interrogante surgida desde el otro lado de las preocupaciones: ¿Sigue teniendo sentido la diada izquierda-derecha en el siglo XXI? ¿Cómo puede cambiar de parámetros estratégicos la izquierda latinoamericana y mundial, sin perder sus principios fundamentales referidos a la emancipación del ser humano? ¿Cómo revalorizar la democracia sin levantar el pié del acelerador en la marcha contra la desigualdad, o dicho de otra forma, sin sobrenovarse como dice Jorge Arrate que le ha pasado a sectores de la izquierda democrática chilena?

Desde luego, antes de publicarlos juntos, cada uno de nosotros ha leído el texto producido por el otro y le ha hecho observaciones, las cuales han corrido una suerte inversamente proporcional a la tozudez del interlocutor. Sin embargo, pese a las discusiones y también debido a ellas, las reflexiones han acabado confluyendo en este cuaderno sobre las izquierdas en América

Latina, aunque las responsabilidades sobre cada texto sigan siendo personales e intransferibles.

Edelberto Torres-Rivas
Enrique Gomáriz Moraga
Ciudad de Guatemala, agosto del 2007

1

NOTAS PARA UNA CRÍTICA DE LA RAZÓN REVOLUCIONARIA¹

EDELBERTO TORRES-RIVAS

1.1 Centroamérica como punto de partida

En Guatemala, Honduras y Costa Rica no existen grandes partidos de izquierda, como ocurre en El Salvador y Nicaragua. La diferencia de los tres primeros países entre sí es que sólo en Guatemala hubo un intento revolucionario, un poderoso movimiento de masas en los años setenta y tres organizaciones guerrilleras que no se pusieron de acuerdo en su estrategia insurgente, en 1980. Fueron derrotados técnicamente; su agonía política fue lo suficientemente prolongada para participar en las negociaciones de paz; y por otras razones, de oportunidad y tiempo, perdieron apoyo popular. Cuando salieron a la vida política, eran de nuevo grupúsculos rencorosos, con un 2 o 3% de respaldo electoral.

¹ Versión de la charla presentada en El Salvador, en el seno del III Congreso Centroamericano de Ciencia Política, el 19 de julio de 2007, en el panel sobre la izquierda centroamericana.

En Honduras, sobreviven dos diminutas tertulias-marxista-leninistas y en Costa Rica, errantes, aislados, nostálgicos, los restos individuales del extinto Vanguardia Popular. La diferencia que este país establece con el resto es que cuenta con una poderosa fuerza social-demócrata que viene del centro izquierda, aunque evoluciona hacia el centro político. La diferencia entre los dos últimos países es que, pese a tener ambos partidos políticos herederos de la fuerzas guerrilleras un vigoroso respaldo popular, el FMLN va a las elecciones dispuestos a perder con gallardía, en clave honrosa de los principios revolucionarios. Y el FSLN fue a las últimas elecciones (2006) y ganó, con cambios en el lenguaje y en los gestos, es decir, con una retórica obediente a las políticas liberales, con cambios en el color de la bandera y del himno sandinista, y un Daniel Ortega ya casado por la Iglesia, hombre de misa semanal y atemperado de voz.²

La situación de Centroamérica es un microcosmos que refleja la crisis de las izquierdas mundiales. En El Salvador, el Farabundo Martí no gana porque su oferta electoral todavía despierta temores y porque es incompetente para las alianzas políticas. Su ethos doctrinario sacrifica la victoria a una ortodoxia que perdió el sentido de la historia. En Nicaragua, el Sandinismo volvió al poder por el voto popular 27 años después de llegar por la vía revolucionaria. Pero esta vez con una oferta electoral ambigua, un arreglo constitucional ad hoc y porque los liberales, al dividirse, facilitaron la victoria de Daniel.

En general, sobreviven en la región grupos, sectas, tertulias de fin de semana, partidos minúsculos, que reproducen las viejas herencias de la izquierda tradicional. No hay debate teórico ni ideológico, pues se distancian por las estrategias en forma hepática de un combate al que nunca irán. Morirán de cirrosis o de otra enfermedad del hígado. Es importante destacar que existe un destacamento de gente

2 En el gobierno, se advierte una reconocida ambigüedad y la aplicación de políticas más próximas al ideario sandinista tradicional. Por ejemplo, Nicaragua está en el TLC y en el ALBA.

de izquierda formado por decenas de miles de ‘ex’ (también de ‘in’). Vienen de todas las organizaciones que hubo y hay; se salieron o los echaron pero todos los ‘ex’ tienen en común dos características: están en las asociaciones de la sociedad civil, en ONGs, instituciones académicas, de derechos humanos, feministas, étnicas, sindicales, etc. Y todos se identifican a sí mismos como hombres o mujeres de izquierda. Dicho de otra manera, si son de izquierda están en organizaciones de la sociedad civil, aunque no todos los que están en estas son de izquierda ni todos los que se creen de izquierda están en el asociacionismo. Aquí, lo importante es responder a la pregunta que los divide y hostiliza ¿Quién es de izquierda? ¿Puede un ‘ex’ ser de izquierda, como el que ‘es’?

Esa pregunta es existencial y se responde respetando, en general, ese ‘estado-de-ánimo’ de izquierda que ellos y otros tienen: es auto-referencial y opera como un mecanismo de identidad que define de forma preliminar a todo aquel que se considera de izquierda. *¡Soy de izquierda porque me siento de izquierda.* El derecho a la identidad no puede quedar en manos del otro. En Centroamérica se vive de descalificaciones mutuas, que se reproducen ad infinitum, y donde el rencor es alimentado por la ortodoxia. El ‘ex’ y el que ‘es’ tienen derecho a juzgarse así mismos. Es el primer paso, es la primer pregunta que no es suficiente; hay que advertir que este es un mecanismo subjetivo, frente al cual hay un proceso histórico, estructural: si el sujeto se siente de izquierda, el sentir no basta pues hay también una condición que condiciona: hay que actuar, en consecuencia, como tal.

Esa actuación es la que ahora hay que diseñar bien, partiendo del convencimiento que no habrá más cambios revolucionarios en el sentido marxista. No, en el futuro que comprende nuestras vidas. Luego, hay que aceptar que cerradas esas posibilidades, solo queda la opción gradualista, hacer reformas. Somos de izquierda porque

somos reformistas. La manera de ser revolucionario, hoy día, es hacer política de reformas. Esta es la propuesta que desarrollo aquí.

El núcleo analítico que he planteado, probablemente sin dar muchas razones, es que las izquierdas en estos países no han advertido suficientemente que vivimos un período nuevo, caracterizado por la existencia de regímenes democráticos. ¿Electoral, burgueses? No, solo existen esas democracias, unas funcionando mejor, otras mal pero siempre muy superiores a una dictadura. En Centroamérica el escenario de la democracia electoral tiene ya dos décadas de existir y ello constituye un desafío de adaptación política para todos. ¿Adaptación? Si, ello significa *enfrentar las dificultades de lo nuevo con decisión y salir adelante creativamente*. Los partidos de la izquierda, los intelectuales, los militantes de las organizaciones sociales, el batallón de ‘ex’, debemos reflexionar para sacar el mayor provecho de las oportunidades de participación que la democracia liberal supone.

La herencia cultural que cargamos dificulta el actuar con decisión creativa. Seguramente pesan en el ánimo, décadas de clandestinidad, represión, dolor y muerte; marginación política y social, exilio y, por si ello no fuese suficiente, *derrotas históricas en el plano nacional, regional, mundial*. Somos militantes de un enorme fracaso ideológico y político. Y pareciera que la constitución de una nueva realidad, no deja alternativas. De eso quiero hablar.

1.2 El escenario mundial

En la misma línea de las reflexiones sobre las izquierdas en Centroamérica, llevo la preocupación al tema de los desafíos teóricos e ideológicos que enfrentan las izquierdas también en otras partes. Aunque no con los mismos resultados que en el pasado, de nuevo, como una herencia histórica o una fatalidad programática, nos aparece

la profunda alternativa que experimentó el movimiento obrero en la Europa industrial hacia 1912, y de manera mas precisa, que escindió de forma inapelable al gran partido socialdemócrata alemán: **reforma o revolución**. Desde entonces el cisma se mantuvo y produjo dos tipos de sociedad y de Estados: las sociedades socialistas con los Partidos Comunistas a la cabeza y las sociedades democráticas con los Partidos Socialdemócratas. Estados Socialistas y Estados de Bienestar. Por cierto esta división tuvo efectos prácticos muy negativos en la lucha contra el fascismo.

Ya bien entrada la segunda mitad del siglo XX se hizo evidente la crisis del Estado en sus versiones socialdemócrata y comunista. Hago a continuación un resumen telegráfico de los antecedentes de esta pérdida de lo que fue ocurriendo, primero sin que nos diéramos cuenta y luego con alguna conciencia del sentido histórico. El debilitamiento del modelo socialdemócrata se asocia a la crisis del capitalismo, que empezó hace mucho tiempo pero tuvo dos momentos de crisis, en 1973 y 1979 con la drástica elevación de los precios del petróleo. Los teóricos marxistas hablaron de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia como consecuencia del crecimiento de la composición orgánica del capital, lo cual llevó a drásticos recortes impositivos y a una distancia creciente entre el gasto social y el valor del trabajo, del salario frente a la productividad.

Los teóricos socialdemócratas se refieren al cambio en la correlación de fuerzas entre clases sociales y al ascenso de una nueva burguesía, a las dificultades en la aplicación de políticas keynesianas cuando se alcanzó el pleno empleo y luego una caída en sus tasas. Ello debido a los propios éxitos del modelo, apoyado en el pleno empleo y en la demanda solvente que el había desarrollado. Los gobiernos socialdemócratas se desgastaron, como el laborismo británico, los partidos socialdemócratas como el alemán y el sueco caen ante una reducción

de su apoyo electoral. Lo mismo ha ocurrido en Dinamarca y Holanda y recientemente en Francia.

El paradigma revolucionario también caminó mal. Tuvo una profética denuncia de Rosa Luxemburgo frente a la decisión de Lenin de disolver la Asamblea Constituyente en 1918 sólo porque los bolcheviques estaban en minoría. La dictadura del proletariado resultó a fin de cuentas en una dictadura sobre el proletariado y toda la sociedad. El partido comunista (b) gobernando en la URSS realizó el extraordinario 'milagro' de convertir un enorme país campesino en industrial y pasar a ser la segunda potencia mundial. Pero a la postre, la industrialización socialista no resolvió las necesidades básicas de la población como el capitalismo central lo hizo y con creces. Jruschov decía: ¡Os enterraremos! dirigiéndose al público norteamericano en 1957. Todos creímos en esa amenaza que resultó como un boomerang. Los enterrados fueron los países socialistas.

No puede olvidarse, al mismo tiempo, que después de la 2ª. Guerra Mundial, casi la mitad de la población del mundo vivía bajo gobiernos comunistas o próximos. Y que un notable número de intelectuales, militantes o no, eran socialistas y comunistas. La intelectualidad universal era de izquierda, progresista, que tenía su expresión en aquel poema de Elouard: ¡El comunismo es la juventud del mundo! Los que tienen mi edad y de alguna manera éramos militantes, nos sentíamos orgullosos de todo aquello y cantábamos con fiebre y emoción: “¡Somos la joven guardia, que va forjando el porvenir, nos templó la miseria, sabremos vencer o morir...!” Creímos en el paraíso, no en el este, sino el terrenal, en todas direcciones.

Pero la historia nos jugó una mala pasada. La URSS, cabeza del mundo socialista, implorionó carcomida por sus insuperables debilidades. Como es bien sabido el socialismo real se hundió por dos razones básicas y profundas pero elementales de formular: perdió

la competencia tecnológica frente al capitalismo, por su incapacidad de entregar al ciudadano soviético las condiciones materiales para vivir mejor. Su retraso enorme para alcanzar el desarrollo tecnológico de masas que el capitalismo desde una generación atrás venía exhibiendo. La URSS sólo compitió en tecnología militar y nunca logró resolver, solo como ejemplo, la escasez permanente de su autosuficiencia alimenticia. En 1986, visité la URSS y todavía se hacía cola para comprar papel de baño. En los años setenta la importación de trigo norteamericano salvó de la hambruna a los ciudadanos soviéticos, que veían a la perrita Laika dar vueltas en el cosmos... el socialismo dio altas tasas de educación y creo así una brutal asincronía de status, que alimentó en el ciudadano común una creciente insatisfacción al comparar lo que ocurría afuera. No soportó la batalla de la sociedad del bienestar, que alcanzaron las sociedades europeas, socialdemócratas, como, Dinamarca, Suecia y Noruega.

El retraso en la competencia política fue aún mayor, cuando se habla de los derechos democráticos, de la vida en libertad y con la dignidad básica. La democracia proletaria fue una dictadura feroz que ya no tuvo excusa ni disimuló con la segunda generación del hombre soviético. La salud y la educación estaban asegurados en forma mínima pero cierta; sin embargo el Gulag se tragó mas de 20 millones de leales y desafectos. Hace algún tiempo supe de la persecución del Partido contra Shostakovich, porque su 8ª. Sinfonía no era lo suficientemente proletaria. Entonces, qué ¿ni pan ni libertad? ¡O poco pan y nada de libertad!

Ya desde mediados de los años cincuenta fue evidente la identificación entre comunismo y regímenes de terror, especialmente después del XX Congreso y de las brutales denuncias de Jruschov. Hobsbawn, en su biografía, relata ese episodio y habla de los nuevos “*diez días que conmovieron al mundo*”, recordado al periodista norteamericano John

Reid, que escribió una emocionada crónica con ese nombre sobre los días que siguieron a la toma del poder por los bolcheviques. Recuerda que el documento de Jruschov que relata los crímenes de Stalin marca el final de un ciclo. Aquellos diez días marcan el inicio del socialismo como ideal de sociedad y, estos, el final.

Hago una referencia teórica: está comprobado ya que una ruptura revolucionaria en la medida que crea un profundo desgarramiento del tejido social, da paso a una fuerte expansión de la capacidad represiva del Estado. El sentido militarista de toda revolución se impone al ideal revolucionario. No es necesario hablar de los crímenes de Stalin, ni de Pol Pot, ni de la invasión a Hungría, o el fin de la primavera 'de Praga', ni de la hambruna china durante la revolución cultural, etc. etc. Exilados en México por la intervención norteamericana a Guatemala (1954) ocurrió la intervención rusa en Hungría. Hubo un desgarramiento interno pero forzamos la protesta del Partido frente a esa salvaje agresión. El socialismo real y la democracia no fueron compatibles, hubo muchas excusas... pero al final, no hubo democracia.

De inmediato habría que aclarar que no debería elaborarse un mito, nuevo mito, con la democracia liberal. ¿Por qué? Sostenemos que la democracia y el mercado no conviven bien, porque este último refuerza lo liberal y sólo las luchas populares refuerzan lo democrático. Reconocemos que el capitalismo puede ser democrático, pero, incluso cuando lo es, es poco democrático. Por ello sostenemos que el gran desafío para las izquierdas es su articulación con la democracia. La democracia tiene un doble valor: sustantivo e instrumental. La democracia es participación, puede ser utilizada para 'entrar' al gobierno, a los espacios públicos y desde ahí, tratar de mejorar la vida. Los revolucionarios tenemos ahora un reto distinto en que no se juega la vida sino la conciencia. Es democracia liberal, pero desde su interior se pueden forzar reformas para aliviar el peso de la pobreza, la humillación del

racismo, las desventajas de la desigualdad. ¡Participar en la política, en las luchas electorales, proponer reformas, hacer alianzas! He ahí el orden del día.

Volvamos a la *dicotomía reforma – revolución*, hoy día innecesaria como colisión. Algunos todavía la creen y la esgrimen para descalificar. Estuvo planteada, ayer, en el seno de un ambiente que enfrentó a Lenin con Bernstein. Pero era un tiempo diferente, pues en 1915 no había socialismo y la nueva sociedad sólo era una meta, mientras que ochenta años después esa sociedad, mal construida, se derrumbó. La división fue fatal y condujo a una polémica dolorosa y dispar de la estrategia obrera frente al capitalismo. Lenin era partidario de destruir al Estado, Bernstein de corregirlo, uno proclamaba una estrategia frente al Estado, el otro una estrategia dentro del Estado. Hoy día, lo colocaría así: independientemente de cual grado de poder obtengamos, queremos entrar al gobierno. Y no hay alternativa.

En el escenario de este nuevo milenio vivimos grandes transformaciones materiales en la ciencia, de las que son muestras la computadora, la Internet y toda la tecnología digital. Notables avances en la producción de bienes para vivir mejor, y descubrimientos en la economía de la alimentación para que no haya más hambre. No es posible hacer un balance indiferente de esos avances y de la contradicción fatal que condena a la muerte de inanición a millones de personas. El capitalismo no nos gusta, por eso tenemos que enfrentarlo, pero no a la manera violenta para destruirlo, sino a la manera política para modificarlo.

Las izquierdas revolucionarios son o fueron marxistas en su adscripción teórica y postularon políticas contra el mercado como productor de desigualdades, convencidas de la necesidad de suprimirlo. También en nombre de la revolución se pospuso sectariamente a la democracia, por ser burguesa sin que se hubiese creado una

democracia proletaria. Recordemos que la perestroika de Gorbachov aceptó, dejando atrás en la URSS a decenas de millones de muertos, que el mercado no puede ser expropiado y que la democracia como régimen político que respeta al ciudadano y le reconoce derechos, es una conquista universal positiva.

Quisiera afirmar algo estremecedor que expresa la magnitud de nuestras falencias: que las metas de octubre de 1917 fundaron una utopía que resultó falsa. Que la línea que va del Marx de la Comuna de París al Lenin del Palacio de invierno fue una estrategia atractiva, trazó un camino de luchas y sacrificios de millones de personas que sufrieron torturas, cárcel y castigos. En nombre de, y creyendo en la sociedad socialista, hubo actos de heroísmo como nunca los hubo en el pasado por la magnitud humana de lo sacrificado. No es posible renegar de ese pasado. También en Centroamérica miles de militantes ofrecieron sus vidas por la revolución. Todavía el recuerdo es vivo, las pupilas reproducen la imagen de amigos y colegas que cayeron, unos combatiendo, otros enloquecidos por la tortura, desaparecidos. Por ellos tenemos el mayor respeto y nuestra memoria entregada al recuerdo de su valor y de su sacrificio. Nos llenamos de rabia porque ese fue un sacrificio inútil al servicio de una vía que condujo al fracaso.

Marx dijo que con la Comuna de París, la clase obrera tocó el cielo con la mano. No fue sólo así, porque el poder obrero reveló ahí también la brutalidad de la represión. Una feroz lucha de clases, por lo que también se tocó el infierno. En suma, y con serenidad digamos que la vía revolucionaria terminó finalmente en un callejón sin salida en relación con las aspiraciones y los ideales de la humanidad por una sociedad mejor: creímos en una convivencia donde se prescribe que se daría a cada quien según sus necesidades y de cada quien según sus capacidades, como si fuese el reino del futuro animado por una solidaridad superior. No fue así. ¿Podrá serlo alguna vez?

1.3 América Latina también escenario

En los últimos tiempos venimos insistiendo en que la democracia es el reto histórico ineludible que las fuerzas de las izquierdas tienen en América Latina. Al plantearlo como una necesidad y no como una alternativa, estoy resolviendo de forma práctica el falso problema de esa aporía. ¿Contradicción: reforma o revolución? Bien vistas las cosas esa contradicción ya quedó resuelta por la historia con el descabro de los regímenes socialistas surgidos de la revolución de 1917, con la ineficacia de los movimientos revolucionarios y como resumen hoy día, la inutilidad de las estrategias que se inspiran en la noción de revolución. Ahora solo quedan revolucionarios en el lenguaje.

Pero aceptar que la disyunción la resolvió la historia, con la bancarrota de uno de ellos, *no debería llevarnos a la aceptación del capitalismo como tal*; el capitalismo hoy día es tan salvaje y brutal como lo fue antes, tiene rasgos imperialistas, cree en el mercado que distribuye injustamente la riqueza, reclasifica a la población y se mueve con la misma lógica excluyente. Pero el capitalismo hoy día se reproduce a través de nuevas y más sofisticadas formas. Y ahora podemos, además, afirmar que en la periferia del sistema mundo, en sociedades como las latinoamericanas, el capitalismo no funciona bien, no ha dejado de producir pobreza y desigualdades.

El capital globalizado refuerza también las peores tendencias a la concentración de la riqueza y extensión pobreza entre países. El segundo razonamiento, conforme lo anterior es que somos reformistas porque creemos que se debe cambiar el sistema tal como es y puede lograrse con la fuerza de la organización, de la participación política. Es decir, con más democracia y no con menos. Digamos entonces que *el sentido revolucionario, hoy día, lo expresa la razón reformista*.

La política está en crisis, perdió centralidad y capacidad frente a la economía. La cosmopolitización de las culturas amenazan las identidades básicas, la fuerza de los mecanismos financieros debilitan en parte las estructuras del Estado nacional. El capitalismo, la ideología liberal, la cultura del consumo selectivo, etc., producen un mundo esquizoide, porque no se le acepta, repugna, pero no se le puede sustituir. *Pero se le puede cambiar en algunos de sus rasgos más negativos.* El cambio no es ya la razón revolucionaria. No hay revoluciones a la vista. La alternativa ya no es enfrentar al sistema para sustituirlo; sino enfrentarlo para modificarlo hasta transformarlo. Si aceptamos la modernidad como proceso, concluyamos que hoy día la consigna movilizadora es ¡todo la voluntad popular para hacer reformas!

Por lo demás, hubo un momento hacia 1960, en que la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas, reunidos en Moscú, proclamó la estrategia de la política reformista como el camino de la revolución posible; elaboró una propuesta destinada a evitar la violencia y los métodos sangrientos y postuló el reformismo revolucionario como acciones que las fuerzas sociales podrían realizar, sobre todo en las sociedades capitalistas más desarrolladas de la Europa industrial.³

Las izquierdas centroamericanas como todos sus homólogos en el mundo han perdido sus referentes básicos, históricos y teóricos. Las izquierdas revolucionarias se mueven asumiendo, perplejas, la total bancarrota del Estado y la sociedad socialista, que también llaman del socialismo real (mente existente); y la izquierda democrática, el debilitamiento angustioso del Estado de bienestar, que llamaban Estado socialdemócrata. Por distintos motivos el socialismo revolucionario y el socialismo democrático han perdido su norte, se ha extraviado el sentido de las luchas sociales, no hay una nueva sociedad en el horizonte, donde antes, la utopía socialista era como las estrellas que,

3 Información obtenida oralmente en la entrevista hecha a un participante en la mencionada reunión, ciudad de México, octubre, 2006.

lejanas, en el cielo, guiaban la marcha. Es necesario tener conciencia de que nos movemos hoy día en el interior de una grave bancarrota del socialismo como práctica de la política, y un desfundamiento del marxismo como teoría de la política, o como decía Gramsci, como filosofía de la praxis.

Todo lo anterior no son las consideraciones de un hombre derrotado sino de uno conciente, sabiendo que como en el pasado es la lucha, el debate, la participación social la actitud que las convicciones de izquierda alimentan. El deber es ser doblemente conciente, todo en tiempo presente, es decir tener conocimiento reflexivo de lo ocurrido y tener voluntad movilizada frente al futuro. Dichosos los que nunca tuvieron confundido el ánimo. Ahora tenemos nuevos motivos y las mismas razones para continuar.

Las certezas vienen de la convicción de que es necesario enfrentar el ímpetu avasallador del capitalismo neoliberal, que la pobreza no es un dato fatal sino contingente, que se pueden modificar las tendencias poderosas de la globalización hacia las exclusiones; y que las luchas por la solidaridad, la justicia social y la equidad son posibles. Hay una crisis, en el sentido de enfermedad de las utopías como estrategia de largo plazo. Las izquierdas enfrentan una incertidumbre de largo plazo, es cierto, pero hay certezas y urgencias de corto plazo que se deben atender. Esta situación exige de las izquierdas algo más que la voluntad de levantar las banderas. Hay que saber por qué y para qué se procede así. En todo caso ya no es la cuestión del reformismo o revolución, algo que ya fue resuelto históricamente y que dejó de ser una contradicción productiva; cambiaron las condiciones en que fue decisiva como política a seguir.⁴

4 Hay procesos reformistas que parecen revolucionarios (Hugo Chávez) y procesos revolucionarios que parecen reformistas (zapatismo) e incluso procesos reformistas que no lo parecen (Lula), Boaventura de Sousa Santos, Una Izquierda con Futuro, s/f, copia informal.

Resulta difícil, como primer momento consigo mismo, así como reconocer que la vida que uno escogió fue falsa, que se vivió en el error, aceptar que NO se es más revolucionario, que como hombres de izquierda, sólo podemos ser reformistas porque no hay alternativa frente al veredicto de la historia: no hay más socialismo, al menos como lo entendimos durante mucho tiempo. Pero hay un segundo momento, inmediato, que es como un punto de encuentro: la importancia de la organización y de la lucha por los principios que siempre animaron a las izquierdas: la igualdad, la solidaridad, el bienestar de las mayorías pobres, la defensa de y el derecho a la cultura, la independencia nacional. Nada niega nuestra condición de ser de izquierda pero *obliga a una redefinición radical de lo que somos como fuerza política, a una renovada visión de metas y métodos en términos conceptuales*. El socialismo no tiene hoy día sino una existencia utópica, solo así puede ser asumido. Paradojas de la historia: ahora el movimiento va del socialismo científico al socialismo utópico.

Finalmente, todo lo que se viene diciendo no es un razonamiento en el vacío histórico. Tampoco son referencias generales que huelen a retórica. Cuando hablamos de derrotas pensamos en Centroamérica. Hay que volver a la región y recordar que aquí también hubo, hubieron, movimientos revolucionarios que fracasaron en su empeño. Las izquierdas centroamericanas, las viejas, desconcertadas y las jóvenes, comprometidas, los reformistas como espectadores activos y los revolucionarios como activos actores, enfrentamos la pulsión revolucionaria, en el inicio de la década de los setenta. Fue la conjunción de factores extrínsecos, como el inexcusable ejemplo de la revolución cubana, el efecto de la revuelta estudiantil mundial y otros, internos, vinculados a la rápida renovación del sector agro exportador que expulsó decenas de miles de campesinos en un proceso de modernización incompleta y una industrialización que afectó al numeroso sector artesanal.

El clima de la Guerra Fría conformó un terrorismo de Estado que al reprimir salvajemente, estimuló respuestas violentas en los sectores populares. Las clases medias, estudiantes, profesores, intelectuales, oficiales del ejército y sacerdotes rurales se incorporaron a las guerrillas de forma casi espontánea por lo masiva y urgente. En Guatemala, hacia 1964/69 y 1980/82, en Nicaragua hacia 1975/79 y en El Salvador hacia 1978/81 fuerzas insurreccionales se lanzaron a la lucha armada con el socialismo como meta.

La insurrección popular fue coetánea en el tiempo y corresponde a algunas causas comunes, ineludibles.

La situación revolucionaria se formó como resultado de una subjetividad cómplice animada de un voluntarismo heroico y de la lenta incorporación de las capas del campesinado pobre. Como es ya conocido, los sandinistas triunfaron con un programa de renovación social y política; los salvadoreños condujeron una guerra civil exitosa que solo pudo ser detenida por el apoyo norteamericano; en Guatemala, la lucha insurreccional no alcanzó sus propósitos estratégicos y sin propósito, ocasionaron la catástrofe del genocidio indígena.

La represión y la guerra en Centroamérica provocaron más de 300.000 muertos, dicho como resumen de una tragedia mayor por el sufrimiento, el exilio y el refugio, la tortura y el secuestro que más de dos millones experimentaron. Al mencionar esta estampida hacia el futuro hay que reconocer *ex post factum* que fuimos parte, ya en esa época, de un enorme y trágico error de perspectiva. Y que las revoluciones en Nicaragua, El Salvador⁵ y Guatemala⁶, en los setentas, se

5 El FMLN elaboró un documento “Nuestra orientación hacia el socialismo”, San Salvador, Oct. 2002 donde analiza la revolución democrática como etapa hacia el socialismo en este país. Es una propuesta programática fundada en la convicción de que el socialismo es inevitable, p. 5.

6 El Primer Congreso de URNG celebrado en el año 2001 ratificó que su objetivo histórico es la construcción del Socialismo, entendiendo ésta como una meta que se alcanza por fases y cuyo objetivo inmediato es la construcción de la democracia plena. Ratificó nuestro compromiso con la lucha por el cumplimiento pleno de los Acuerdos de Paz. El Primer Congreso de URNG resolvió que el Partido se defina como democrático, revolucionario y socialista.

plantearon un cambio radical del sistema socioeconómico y político; sus programas originales no dejan duda al hablar de socialismo.

Pero todo esos heroicos esfuerzos se desarrollaron en momentos en que su viabilidad ya no era posible en términos histórico universales, en el mismo momento en que la crisis del socialismo real prefiguraba su fracaso, en el desfondamiento de los pilares fundantes del marxismo como teoría revolucionaria de los movimientos revolucionarios. La lucha por el socialismo de la generación centroamericana de los años setenta se planteó cuando ya estaban maduras las causas de su inviabilidad. Estábamos a contrapelo de la historia. Fuimos revolucionarios a destiempo.

Nos equivocamos de programas y metas y de esos errores era difícil ser consciente en aquel momento, pues la iniciativa revolucionaria, en estos pequeños países, se produjo porque hubo factores objetivos en su favor, porque localmente era inevitable la lucha contra el poder oligárquico-burgués, contra el Estado terrorista, contra tan generalizadas injusticias. La represión de los militares y el apoyo norteamericano fue como el fósforo sobre la gasolina. Insisto, estuvimos nadando contra el flujo impredecible de la dirección en que se movía el sentido universal de la política: el fin del socialismo real. ¿Cómo podía sostenerse el Sandinismo o triunfar los Farabundos en condiciones en que la fuerza de la contrarrevolución mundial triunfaba en todas partes, con el poder socialista de rodillas? ¿Y además, insubordinados en el mismo patio trasero de los Estados Unidos? Habría que decirlo de otra manera, la época de las revoluciones había terminado.

En Centroamérica la revolución fue inevitable, cuando en el resto del mundo ya era imposible. En última instancia el peso de esas determinaciones explican cómo los movimientos guerrilleros, *anti status quo*, terminaron en la mesa negociadora, en una concertación en que el regateo fue el olvido de los programas iniciales y una aceptación

del status quo, del orden burgués. *Las izquierdas centroamericanas hicieron la revolución sin obtener cambios revolucionarios. La democracia salió de allí, como otra gran paradoja, porque es un bien revolucionario que nos convoca a ser reformistas.*

1.4 Finalmente, el marxismo

Unas palabras sobre el marxismo, que también entró en crisis, hacia los setenta, anticipándose a la del socialismo en dos décadas. ¿Fue moda y dejó de serlo? No, no aceptamos lo que para muchos ha sido manejada como tal, para darse brillo, utilizándolo como estilo transitorio y perecedero de entender las cosas. El marxismo de Marx es uno de los pilares fundadores de las ciencias sociales. Aquí podemos formular varias proposiciones afirmativas: no hay una (sola) versión autorizada de lo que dijo Marx. Hay interpretaciones diversas, no dogmas. Hay que leerlo, hubo de leerse sin anteojos bíblicos. Marx es fundador de las ciencias modernas, al igual que Comte, Weber, Durkheim y otros. Toda su extraordinaria contribución al entendimiento de la sociedad capitalista, su funcionamiento y sus contradicciones y, de esa manera, a la política, la cultura y la vida social, por una parte, esta articulada a la superación de esa sociedad, negándola, transformándola radicalmente. El Marx de la primera parte permanecerá, pero mucho más en la Academia que en la calle o en la fábrica. El de la segunda parte, la historia se encargó de contrariarlo. Hay y habrá siempre marxismo de cátedra y los universitarios, en mayor o menor número, seguirán siendo marxistas. Pero el movimiento obrero ya no; tampoco los movimientos sociales que se inspiraron en la dimensión revolucionaria del marxismo de Marx.

Ya en la década de los ochenta se vivía un ambiente postmarxista, dejándose de lado hasta la misma exégesis escolástica que tantos

cadáveres intelectuales dejó por el camino. Por eso llama la atención, por ejemplo, que nadie acusa al otro de ser antiweberiano como defecto; o de proponer un positivismo no comtiano, o de criticar a Hobbes por su estadolatría... con Marx, eso no era posible y han sido frecuentes las acusaciones de que fulano es antimarxista, que el otro se volvió revisionista, que mengano tiene una desviación althuseriana, etc. La energía intelectual y el tiempo físico invertido en estas batallas ideológicas han sido Termópilas sin vencedores. Solo hubo vencidos, los puros y los impuros, los modélicos y los revisionistas.

¿Por qué el legado teórico de Marx se prestó para que terminara en despojos, de unos y otros? Ello se debe a que Marx puso en el mismo plano gnoseológico la explicación de la sociedad capitalista y su transformación, es decir, el análisis científico de la sociedad del presente, que es tarea distinta del campo gnoseológico de la dirección de su transformación, de la praxis política⁷. Lo recordó en una frase memorable: los filósofos hasta ahora han interpretado la sociedad, pero se trata, además, de transformarla. Los filósofos continuarán su importante tarea, pero la transformación no la hará la clase obrera. Si Marx viviera, sería antimarxista. Su grandeza nos inspira para el conocimiento de la realidad, pero ya no nos guía en el plano de la acción política. Marx conformó la última de las utopías de la modernidad.

7 Boaventura dos Santos desarrolla esta versión en su *De la Mano de Alicia...* Bogotá, 2004.

¿QUE SIGNIFICA SER DE IZQUIERDA EN EL SIGLO XXI?

UNA REFLEXIÓN DESDE AMÉRICA LATINA

ENRIQUE GOMÁRIZ MORAGA

2.1 Introducción: sobre la validez de la interrogante

Una nueva oleada de literatura sobre el significado de la izquierda en el arranque del siglo XXI, parece el mejor desmentido del famoso aserto referido al fin de la historia. Tras algunos lustros de propuestas postmodernas –principalmente entre 1980 y 1995- que nos anunciaban la sustitución de los viejos dramas históricos (construidos frecuentemente en la modernidad desde la díada izquierda-derecha) por la pantalla plana de la comunicación unidireccional o sin dirección ni sentido, hace ya algún tiempo que se acumula reflexión sobre la naturaleza, la taxonomía o la estrategia de la izquierda en las distintas regiones del planeta y, con especial intensidad, en América Latina. Ciertamente, la creciente atención que recibe la izquierda en esta región guarda relación con el hecho de que, de una forma u otra, el aumento de su presencia en la escena política de los países latinoamericanos resulta un

dato incontestable. Pero también con la evidencia, sólo relativamente paradójica, de que el aumento de esa presencia tiene lugar en el cuadro de una notable crisis paradigmática. Es decir, sobre todo en América Latina, la interrogante sobre qué significa ser de izquierdas en el mundo actual, surge precisamente desde el interior de la propia izquierda.

En todo caso, una manera precavida de buscar una respuesta adecuada a esta pregunta, consiste en asegurarse primero de que la pregunta misma tiene sentido. Desde los años ochenta del pasado siglo, se ha venido agudizando un fuerte debate –no precisamente nuevo, por lo demás- acerca de si la distinción entre izquierda y derecha tiene validez en el mundo de hoy. Y, lógicamente, es en relación con esta distinción que se determina con mayor facilidad una definición general de la izquierda.

Un recuento de los argumentos en torno a la pérdida de validez de la díada izquierda-derecha ha sido realizado por Norberto Bobbio (1995), que tiene el valor agregado de estar hecho desde una posición no extrema sino moderada, pero que defiende la consistencia de esa distinción. Bobbio repasa y pone en cuestión cada uno de los argumentos. Uno muy repetido refiere al fin de las ideologías, que, en realidad, ha sido desmontado por la nueva derecha al darle carta de naturaleza a su propuesta ideológica. Como afirma Bobbio, lo verdaderamente científico es afirmar que “el árbol de las ideologías siempre está reverdeciendo”. Por otra parte, izquierda y derecha no son simplemente ideologías, sino también programas para la acción; es decir, son algo más amplio en términos de propuestas y fuerzas políticas.

Otro de los argumentos refiere a la complejidad de los problemas actuales, que ya no tienen una fácil ubicación en términos de izquierda o derecha: el ambiente, los problemas éticos de la manipulación biológica, los nuevos problemas epistemológicos o artísticos, etc. Dos observacio-

nes pueden hacerse al respecto. La primera, que nunca nadie ha pretendido que todos los asuntos vitales puedan ser captados o interpretados por la diada y no por ello deja de tener vigencia en su verdadero contexto: el ámbito político. De hecho, fue en ese ámbito en el que nació la tan mentada distinción espacio-direccional: la casual circunstancia de que en la Asamblea de la Revolución francesa, los sectores populares se ubicaran a la izquierda y los representantes de la nobleza y la gran burguesía ocuparan los asientos de la derecha. La otra observación que puede hacerse es que muchos de los problemas nuevos pueden tener soluciones que sí refieran a las posiciones de izquierda o de derecha. Entre los preocupados por el ambiente, los conservacionistas a ultranza, por ejemplo, han hecho propuestas que pueden considerarse de derechas, en el sentido de no tomar en consideración las condiciones sociales, de pobreza, etc. de las poblaciones que habitan el entorno; mientras otros ambientalistas pueden asociarse sin problemas a un enfoque de izquierdas.

El otro argumento, asociado frecuentemente con el anterior (y con la idea del fin de la historia), refiere a que los problemas que hoy enfrenta la humanidad se han unificado de tal manera que las soluciones tienen un reducido rango de variación. Esto ha sido muy mencionado en relación con los países medianos y pequeños, cuyos márgenes de maniobra son reducidos en el contexto global; lo que significa que los gobiernos acaban haciendo políticas muy parecidas, sean compuestos por partidos de izquierda o de derecha. Sin desconocer que puede haber un fondo de verdad en esta apreciación, ello no significa que la percepción del problema se haga desde enfoques similares, lo que implicará probablemente políticas con matices distintos o con detalles diferentes, mientras no sea posible un verdadero cambio (y ya se sabe que, muchas veces, el cielo o el infierno están precisamente en los detalles).

El otro argumento sobre la crisis de la distinción izquierda-derecha es la existencia o el apareamiento del centro o las terceras vías.

Bobbio replica sutilmente que la obsesión por el centro no demuestra otra cosa que el mantenimiento de la diáda. Y de hecho, la existencia del centro refiere al lugar equidistante entre izquierda y derecha, pero dentro de ese correlato. Algo semejante puede afirmarse de las terceras vías, las cuales, de una forma u otra, se ubican o acaban decantándose hacia la izquierda o hacia la derecha. En realidad, algunas terceras vías no buscan el centro, sino una ubicación distinta en una situación polarizada, en la que resultan ser simplemente moderados en ese contexto (sean moderados de izquierda o de derecha).

En ese contexto, cabe destacar el otro gran esfuerzo por discutir la consistencia de la diáda en el mundo actual: el conocido texto de Giddens “Mas allá de la izquierda y la derecha” (1994), donde el intelectual británico busca demostrar el contexto nuevo del cambio civilizatorio, para luego acabar haciendo mucha más justicia al subtítulo de su libro: “El futuro de las políticas radicales”. Como ha aclarado Giddens posteriormente, “el sentido de la distinción entre izquierda y derecha sigue teniendo validez”; en realidad lo que él pone en duda es la validez actual de la izquierda radical.

Otro de los argumentos contra la validez de la diáda, que menciona Bobbio de pasada, refiere a la moda postmoderna que tuvo bastante fuerza durante los ochenta de rechazar lo que fue denominado como el pensamiento tendencialmente diádico. Y es cierto que durante un tiempo hubo una tendencia en ese sentido (especialmente entre los seguidores del famoso materialismo dialéctico), pero no es menos cierto que el hecho de que la realidad vital y social está llena de composiciones de distinto orden, no excluye que algunas de ellas estén organizadas en diádas.

Entonces, si parece que la distinción mantiene su validez, cabe preguntarse cual es el contenido de esa distinción; lo que, a la postre, permitirá una definición general de la izquierda. Ante todo, es nece-

sario aclarar una connotación histórica que hoy tiene menos validez: con frecuencia se asoció a la izquierda con la idea de innovación y cambio y a la derecha con la de tradición y conservación (de hecho, en muchos países los partidos de derecha se autodenominaban conservadores). Bobbio nos recuerda que el fascismo nos mostró que podía haber revoluciones de derecha, pero es importante subrayar que los actuales neoliberales se plantean como exponentes del cambio, respecto del período basado en la economía keynesiana y el Estado de Bienestar. Es decir, todo parece indicar que esas referencias son insuficientes para identificar la diferencia: en realidad, cuando los antiguos conservadores hablaban de la tradición se referían a un orden establecido que mantenía las desigualdades sociales.

También es necesaria alguna aclaración respecto del valor de libertad. La nueva derecha, sobre todo en Inglaterra y Estados Unidos, se proclama defensora de la libertad frente al Estado y otras ataduras políticas. El problema consiste en que la libertad que plantea no refiere necesariamente a la emancipación social e individual. Como ya subrayaran los socialistas clásicos, la libertad de vender su fuerza de trabajo no hace necesariamente más fácil al trabajador pobre su realización como ser humano. Por el contrario, la izquierda defiende el valor de la libertad como algo fundamental, pero en un sentido de emancipación humana, es decir de liberación respecto de cualquier subordinación o dependencia, sean estas de orden político, social o económico.

Por eso, el valor respecto del cual parece más clara la distinción entre izquierda y derecha es el de la igualdad. Desde su origen, la izquierda ha puesto el acento en la igual condición de todos los seres humanos, mientras que la derecha ha defendido lo contrario, la idea de que los seres humanos somos naturalmente desiguales, o bien no ha prestado mucha atención a este valor fundamental. Ciertamente, esta noción de igualdad también ha cambiado de connotación con el tiempo:

ahora se tienen mayor cuidado que antes en aclarar que igualdad no quiere decir uniformidad o, dicho de otra forma, que la igualdad no se plantea por oposición a la diversidad. Por esa razón, como ha sucedido en materia de género, se utiliza con bastante frecuencia la idea de equidad, para enfatizar que se trata de igual condición de seres humanos que son claramente distintos.

Así, pues, una definición general de la posición ideológica y política de la izquierda refiere a una articulación entre igualdad y libertad que se orienta hacia la emancipación de los seres humanos. Como se apuntó, eso no significa ausencia de diversidad ni tampoco erradicación forzada de las diferencias vitales. Más bien, la operativización de los valores de la igualdad y libertad significan: 1) la lucha contra la desigualdad realmente existente y 2) la actuación contra la conculcación de la libertad que supone con frecuencia la libertad de acción de los más poderosos. Dicho de otra forma, exige justicia social y democracia en los distintos niveles de las relaciones entre los seres humanos.

Esta tradición cultural de la izquierda también ha recibido dos observaciones adicionales. La primera, que se refiere precisamente a las características particulares de cada expresión de la izquierda en los distintos tiempos y lugares, que obliga entonces a utilizar el plural y hablar de izquierdas. La segunda, que ha cobrado relevancia conforme se descubre la aldea global y sus rupturas, que refiere al valor moderno ciertamente postergado en la izquierda, al menos en términos de tematización: la fraternidad. En efecto, la izquierda ha usado mucho más la idea de solidaridad para hablar de las relaciones entre las personas, que la idea de fraternidad. Quizás sea un valor a recuperar en las relaciones entre las distintas culturas e identidades, en un mundo tan desbocado como el presente.

2.2 Ser de izquierdas ¿en qué contexto? Acerca del presente cambio epocal

Sin embargo, una definición general de lo que significa ser de izquierda es condición necesaria pero no suficiente para entender con más precisión la naturaleza de la izquierda: su verdadero perfil se recorta sólo en un determinado contexto histórico. Los rasgos de la izquierda no podían ser los mismos en la segunda mitad de siglo XIX, que en el período de las guerras mundiales, o en la época de relativa certidumbre que siguió después. Y, respecto al tema de la periodización, existe un creciente consenso acerca de que la *época dorada* que se inició en 1945 no pudo prolongarse más allá de 1975, cuando tuvo lugar a un cambio societal sustantivo que se tradujo progresivamente en el mundo globalizado que hoy conocemos.

Sin embargo, el reconocimiento de ese cambio profundo no fue inmediato. Primero fue entendido como una simple crisis económica, iniciada por el *shock* petrolero de 1973, aunque tuvo efectos prácticamente inmediatos en el mundo construido después de la II Guerra Mundial, en buena medida desde la perspectiva socialdemócrata. Al concluir los años setenta, era un hecho la crisis del Estado de Bienestar que había cautelado el desarrollo socioeconómico de las anteriores décadas. La dimensión mundial de la crisis económica comenzaba a mostrar sus clásicos reflejos en términos de tensiones entre las potencias y carrera armamentista.

Mientras la descomposición del clima social e ideológico dejaba perplejas a las fuerzas socialdemócratas, puede afirmarse, en términos esquemáticos, que se produjeron algunas versiones de la crisis en curso, que podrían describirse así:

a) *La izquierda y su visión de la crisis profunda del capitalismo*

Las fuerzas políticas de izquierda comenzaron haciendo una lectura interesada de la crisis económica de los setenta: el capitalismo entraba en su crisis definitiva. Entre los grupos de extrema izquierda eso solo podía ser una buena noticia, pero entre los grandes partidos, bien socialistas que todavía profesaban el marxismo o comunistas en la vía democrática (muchos de ellos *eurocomunistas*), el asunto era más complejo, entre otras razones porque sus electores les llevaban a participar, de una forma u otra, de los poderes públicos. Sin embargo, la perspectiva no dejaba de ser optimista: la crisis del capitalismo conllevaría una crisis ideológica profunda de la derecha que daría paso a la extensión del socialismo democrático, basado en recetas económicas de estatización e intervención pública. El mayor efecto que tuvo esta tendencia consistió en acentuar la orientación tradicional de la socialdemocracia en cuanto al uso abundante de la administración pública. Y sólo quince años después, el conjunto de la izquierda empezó a darse cuenta del diluvio.

b) *La aparición reactiva de los nuevos movimientos sociales*

La nueva crisis social produjo y fortaleció movimientos de protesta, unos directamente referidos a los efectos de la crisis y otros de mayor calado y antigua data. Los tres movimientos más reconocidos y que tuvieron diversas articulaciones según cada país, fueron el pacifista, el feminista y el ecologista.

El movimiento pacifista dio muestras durante los setenta y los ochenta de una gran diversidad y capacidad de movilización. Su objetivo principal se orientó a evitar la catástrofe nuclear que objetivamente podría destruir el planeta y quizás su foco más visible fue el desarme

nuclear en Europa (o la lucha contra los euromisiles). El movimiento ecologista apareció como una respuesta al deterioro ambiental producida por el capitalismo tardío, que pronto mostró su dimensión más profunda en relación con la temática de los límites del crecimiento económico. En el plano político, el reclamo ecologista fue el que puso el énfasis de los movimientos e incluso de partidos emergentes, que adoptaron su tono verde.

De un calado civilizatorio no tan evidente en un principio, sino planteado más en términos reivindicativos, ascendió también el movimiento feminista, sobre todo en Estados Unidos y Europa. Si bien este movimiento no produjo efectos inmediatos en la esfera política, constituyó rápidamente una fuerza movilizadora que establecía frecuentes alianzas con el pacifismo y el ecologismo. De hecho, los partidos verdes más importantes incorporaron en sus plataformas contingentes feministas considerables.

En todo caso, la cultura de esos nuevos movimientos sociales no era tan optimista y reflejaba una especie de frustración entre el salto en las expectativas sociales que se había expresado con la “primavera del 68” y la inmediata crisis socioeconómica desatada en los años setenta y ochenta. El efecto que estos movimientos tuvieron sobre los partidos de izquierda fue completamente desigual. En ciertos casos lograron incluir algunas de sus preocupaciones en los programas de la izquierda, como fue el caso del desarme unilateral en el Partido Laborista inglés, o de una forma más amplia, las políticas de igualdad de oportunidades para las mujeres. En otros casos significaron una competencia política no deseada, como sucedió con el Partido Verde en Alemania.

c) La victoria ideológica de la derecha neoliberal

Desde mediados de los años setenta la interpretación de la crisis tuvo una versión radicalmente opuesta desde escuelas económicas

primero y grupos políticos después, que comenzaron a denominarse como *nueva derecha*. Según estas fuerzas, la crisis era producto directo de las políticas keynesianas que constriñeron por décadas el funcionamiento del mercado y los intereses individuales de las personas. Así, el regreso al espíritu capitalista puro y duro era la única medicina que podría recuperar la maltrecha economía. Con las fuerzas del mercado completamente liberadas, no sólo mejoraría el panorama económico sino que se sanearía la sociedad en su conjunto. El mercado y no el Estado será lo que domine no sólo la economía sino también la política.

Tras años interminables de intervención estatal, el mercado permitirá la recuperación de las fuerzas de la sociedad civil para refundar los principios morales. En este punto, el de los valores, la derecha neoliberal aparecía con dos alas: una que llevaba la lógica del individualismo hasta sus últimas consecuencias, incluyendo aquellas que atacaran algunos valores tradicionales; y la otra, que prefería la combinación entre neoliberalismo socioeconómico y valores históricamente conservadores. Esta última es la que prevaleció políticamente y consiguió, durante los años ochenta, la hegemonía ideológica en distintos países del Hemisferio Norte (de una manera rotunda en Estados Unidos e Inglaterra).

Así, para sorpresa de muchos izquierdistas, los años ochenta, lejos de presenciar una crisis política del capitalismo, evidenciaron un giro a la derecha del escenario mundial, que, además, tendría un enorme premio al finalizar esa década: el derrumbe del sistema soviético.

Es cierto que los efectos de las políticas neoliberales no tardaron en hacerse sentir: segmentos sociales importantes supieron lo que era realmente quedar a su suerte, así como se ampliaba dramáticamente la brecha entre países ricos y pobres, colocando a regiones enteras, como sucedió con África, al borde del abismo. Pero las crisis sociales o las

migraciones masivas se interpretaban desde la perspectiva neoliberal como efectos lógicos de un organismo que tiene que desprenderse de sus partes dañadas o inadaptadas para conseguir sanearse.

En todo caso, esta ideología neoliberal triunfante era la única que hacía una lectura optimista de las complejas transformaciones en curso: los elementos de la crisis mostraban el verdadero camino a seguir, sin alternativas posibles y como horizonte de futuro (lo que le daba ese carácter de pensamiento único). Este estrecho abrazo a la crisis produjo de inmediato una dificultad agregada en cuanto al problema de distinguir entre un proceso estructural y la interpretación neoliberal del mismo. Como afirma Adam Przeworski “se trata de una era no solamente de globalización sino también de respuestas neoliberales a la mundialización y creo que hay que hacer una distinción entre ambas” (1999).

Ahora bien, como se verá más adelante, hacer esa distinción no es precisamente algo sencillo, no sólo respecto de la crisis económica sino en cuanto a las transformaciones del mundo simbólico. Por ejemplo, la crisis de valores colectivos es un fenómeno que se produce con el truncamiento de las altas expectativas previas, pero, indudablemente, que se acentúa notablemente con la extensión de la ideología neoliberal. Dicho en breve, esta lluvia sobre mojado puede producir una inundación, en donde no se sepa muy bien cuál de los dos factores (mundialización y orientación neoliberal) es el preponderante.

d) El cambio de época en América Latina

Mientras la derrota ideológica y política de la izquierda en el hemisferio Norte tenía lugar sin paliativos, pero por medios pacíficos, en América Latina la situación era diferente. En realidad, el aumento de las expectativas sociales que se manifestó a fines de los años sesenta en prácticamente todo el mundo y su posterior frustración en los años

setenta, tuvo en esta región un carácter explosivo, que se tradujo rápidamente en enfrentamientos armados y/o en golpes militares. Así, mientras la victoria política del neoliberalismo se extendía por todo el mundo, la región se sumía en la oscuridad de las dictaduras en buena parte de Sudamérica o en las guerras abiertas en buena parte de Centroamérica.

Como se ha insistido, a fines de los años ochenta, las fuerzas neoliberales y neoconservadoras percibieron la consolidación de su victoria, especialmente después del derrumbe del bloque soviético. Y sobre la base de esa seguridad, se dispusieron a empujar su propuesta de libertad económica y política a nivel global.

Es importante reconocer que las aperturas políticas sucedidas en América Latina desde los años ochenta no sólo contaron con las fuerzas sociales internas que luchaban contra las dictaduras, sino con eso que de forma un tanto general se denominó “un contexto mundial poco favorable” a los regímenes autoritarios. Ciertamente, en Centroamérica eso significó evitar que las guerras (Guatemala, El Salvador) o las revoluciones triunfantes (sandinismo en Nicaragua) se orientaran en un sentido distinto al de las aperturas políticas.

Y así, en un contexto de globalización a escala planetaria, se inician los procesos de transición a la democracia en América Latina. Algunos han hablado de la doble transición regional (O'Donnell), en el sentido de avanzar, por un lado, hacia el establecimiento de sistemas políticos democráticos y, por el otro, hacia el desarrollo de políticas de ajuste estructural y de inclusión de las economías latinoamericanas en la mundialización realmente existente.

e) El contenido civilizatorio del cambio epocal

Sin embargo, para reconocer mejor el período histórico en el que puede discutirse el perfil de la izquierda, hay que volver sobre la idea de

Przeworski de que es necesario distinguir el cambio civilizatorio de su versión política neoliberal. O mejor, que es necesario considerar ambas y no sólo la segunda, como suele hacerlo buena parte de la izquierda, fascinada con una interpretación conspirativa de la historia.

De una forma descriptiva, pueden mencionarse los rasgos de ese cambio civilizatorio más amplio y complejo, en el que se entrecruzan procesos más objetivos y modulación neoliberal de los mismos. Un recuento preliminar de esos rasgos sería el siguiente:

1) Un salto tecnológico en vías:

La evidencia de la aceleración del cambio tecnológico es hoy aceptada comúnmente, ante todo en lo que se refiere a la tecnología de la información, pero también a la biológica, a la energética, la robótica, etc.; así como la integración de esas líneas en la minoría marina y la carrera espacial.

2) Cambios económicos en profundidad:

La fuerte aceleración en la mundialización comercial y financiera (que permite ya operaciones propiamente mundiales en tiempo real) tiene lugar al mismo tiempo que una tendencia oscilante a la baja del crecimiento económico; algo que recuerda la idea de un proceso de “acumulación primitiva” característico de una revolución tecnológica, donde se produce regularmente una concentración ascendente de recursos, la consiguiente reorientación de los mismos, dejando en condiciones deprimidas a diversos sectores de la población mundial. Esta relación de consistencia entre salto tecnológico y mundialización de la economía no siempre se destaca en las ideas más extendidas de globalización.

3) *Crisis ecológica de consecuencias estructurales:*

Actualmente, ya no se pone en duda los diferentes impactos que está sufriendo el ambiente y la enorme dificultad para parar el proceso de deterioro. Lo que no se percibe tan fácilmente es el carácter condicionante del desarrollo económico que tiene la presente crisis y cuales son los efectos que se producen (al respecto Giddens repite incansablemente esa relación y pone como ejemplo la crisis de las *vacas locas* en Inglaterra).

4) *Cambios en la estructura del poder mundial:*

La desaparición de la URSS como antagonista antisistémico es quizás el rasgo más visible de la conformación del nuevo mapa internacional. Los nuevos conflictos regionales y el choque directo socio-cultural dibujan de forma diferente la agenda mundial de seguridad (especialmente después del 11 de setiembre del 2001). Mientras no se logre algún gobierno suave en el nuevo orden internacional (tal vez a partir de las Naciones Unidas), el actual desorden relativo se manejará desde la hegemonía militar norteamericana.

5) *Cambios de la textura social:*

El avance de la sociedad postindustrial ha modificado la composición de los grupos sociales que formaban la base de conglomerados más amplios: en un contexto del debilitamiento de la cohesión social, junto a grandes movimientos migratorios, ello da lugar a la formación de las denominadas tribus urbanas, es decir, grupos sociales con sus propios marco de referencia (culturales, políticos, etc.).

6) *Cambios en lo microsocia y en la subjetividad:*

Quizás el cambio sociológico más notable se está produciendo en el ámbito microsocia y de la subjetividad. Transformaciones decisivas en la familia tienen lugar por distintos factores, pero especialmente con la revolución silenciosa en las relaciones de género. El otro aspecto fundamental se refiere al regreso hacia el individuo, que tiene diversas perspectivas: desde la práctica del individualismo (congruente con la idea del “sálvese quien pueda”) a la orientación de las responsabilidades individuales.

7) *Crisis de valores y normas:*

Conforme tiene lugar un relativo recambio de valores, con el surgimiento de los nuevos (protección de medio ambiente, equidad de género, entre otros), lo más palpable es la fragilización de los viejos valores modernos, especialmente de los que se refieren a lo colectivo y lo público (fraternidad, solidaridad, etc.).

8) *Crisis de la política*

Como cruce de elementos instrumentales y simbólicos, la política entra en crisis en tanto espacio de organización social. Por un lado, la mundialización afecta los Estados-Nación y la posibilidad de adoptar autónomamente decisiones colectivas en su interior, por otro, la crisis de valores públicos permite el encumbramiento del mercado como espacio sustitutivo de organización de la sociedad, cuyas instituciones ya no se adaptan al cambio civilizatorio.

9) *Crisis de los criterios artísticos:*

Al tiempo que se produce una extensión de los anteriores criterios estéticos, éstos entran en una crisis generalizada sobre la base del

ascenso del “todo vale”. Mientras tanto no se aprecia claramente los nuevos géneros artísticos que han solido acompañar a las revoluciones tecnológicas. Quizás los mundos virtuales que se anticipan estén engendrando algún nuevo tipo de expresión artística, pero todavía no es un proceso tangible.

10) Crisis de los paradigmas cognitivos

Como he sugerido en otra oportunidad, “la caída de paradigmas que cierra el siglo XX tiene su origen en la fragilización de las certezas epistemológicas que se inició a mediados de ese siglo. Pero este agrietamiento epistemológico no se tradujo en crisis precisamente debido a que el modelo expansivo, económico y social, funcionó en términos generales hasta los años ochenta. Una vez que este modelo expansivo se agotó, la controversia sobre la epistemología acabó traducéndose en una crisis generalizada de paradigmas teóricos. Si esto es válido para las ciencias físicas, no cuesta mucho imaginar que es lo que supone para las ciencias humanas” (Gomáriz, 2001).

El reconocimiento de esos rasgos permite entender mejor la naturaleza del presente cambio epocal, donde coinciden, en una determinada coyuntura histórica, cambios profundos tanto en la realidad instrumental como en la realidad simbólica. Reconocer esa naturaleza facilita el saber como manejarse en un mundo cambiante que entraña retos, riesgos y posibilidades. Evidentemente, es necesario no olvidar su dimensión política, y reconocer el hecho de que las fuerzas políticas que impulsan la cohesión social, la justicia y el progreso, no estuvieron en condiciones de orientar el cambio epocal anticipadamente o desde sus orígenes. Cuando el cambio civilizatorio era ya un hecho, es necesario considerarlo como dinámica histórica constituida, aunque no inmodificable. Ciertamente, eso obliga a incrementar el rigor del análisis y no a simplificarlo: en efecto, hay que hacer un esfuerzo para distinguir la

globalización de su versión neoliberal. Porque lo que es evidente es que las dos lecturas extremas no ayudan: resulta tan cómodo aceptar la globalización en su versión neoliberal, sin mayor distinción, como rechazar sin más el paquete completo. Pero ambas opciones no parecen responder a una perspectiva que persigue el bienestar efectivo de la población.

2.3 Sobre lógicas civilizatorias y una nueva relación entre fines y medios

El cambio epocal ha establecido un nuevo período de marcadas características, que ha obligado a los partidos y otros actores políticos a transformar o reinventar estrategias y acciones. Sin embargo, la experiencia del cambio ha significado para la izquierda algo más profundo: la crisis de los instrumentos de la socialdemocracia, en particular el Estado de Bienestar, el empleo estable, la concertación entre capital y trabajo; la caída del bloque soviético y con ello la desaparición de la gran referencia anti-sistémica; y el agotamiento de la vía violenta como estrategia viable en América Latina, colocaron a la izquierda en todo el globo, pero en particular en esta región, ante una verdadera crisis de paradigmas.

Un problema agregado ha consistido en que la doble transición latinoamericana de los años noventa, que ha producido una apreciable brecha entre expectativas sociales y mejora de la situación real, ha comenzado a solicitar de la izquierda una intervención efectiva en la acción pública, ya sea a nivel nacional o local, mucho antes de que dicha izquierda haya resuelto su crisis paradigmática.

Un sector de las izquierdas latinoamericanas, conservando presupuestos ideológicos del pasado, considera que lo único que hay que modificar es la estrategia, para adaptarla a las nuevas condiciones (un

buen ejemplo de esta convicción puede encontrarse en la página electrónica *Rebelión*, y en particular en Marta Harnecker). Sin embargo, hay otros sectores que parecen dispuestos a una reflexión más integral. Consideran, como lo hace Nils Castro, al observar la trayectoria de la izquierda latinoamericana, que “esclarecer nuestros propios objetivos es indispensable para valorar modelos y métodos” (2003). Para Castro, no es tanto la cuestión de los valores, sino “la cuestión de los objetivos lo que salta a primer plano”, para poder pensar en nuevos métodos.

Esa mirada más integral convoca a reflexionar sobre la percepción de la izquierda respecto de los aspectos nodales de la realidad social actual, pero también exige una reflexión no siempre bien valorada en la izquierda: la nueva relación de consistencia entre fines y medios.

Conviene anticipar la segunda parte de la reflexión, porque ello guarda relación con la reflexión de Bobbio sobre las izquierdas: para el teórico italiano, el abanico de las posiciones de izquierda puede abarcar desde el centro-izquierda hasta la extrema izquierda, de acuerdo a una conjugación entre libertad e igualdad, en el que la primera es liberal e igualitaria y la segunda igualitaria y autoritaria. Este planteamiento no parece ya verdaderamente útil para identificar las posiciones de izquierda. Y ello precisamente debido al desarrollo de una nueva visión de la relación entre fines y medios.

Como es sabido, durante mucho tiempo, incluso buena parte del siglo XX, ha existido una tendencia a examinar con laxitud la relación ética entre fines y medios, cuando se trata de colectivos históricamente discriminados. Algo que permitió el mantenimiento durante demasiado tiempo de una gran aceptación el viejo aserto de que el fin justifica los medios. Después, sobre todo con el avance de la perspectiva de derechos humanos, fue afirmándose la idea de que no sólo es necesaria la bondad de los fines, sino también de los medios. Sin embargo, todavía queda la tendencia a considerar que eso depende de la posición del

sujeto: si se trata de un colectivo discriminado (pueblos pobres, sector racial, mujeres, clase oprimida, etc.) entonces se justificaría el uso de medios no tan buenos o acertados.

Esa tendencia a considerar que los colectivos discriminados tienen un cheque moral en blanco, ya ha mostrado algunos resultados históricos. Crímenes masivos en la Rusia de Stalin fueron justificados ante su pueblo por la necesidad de la dictadura del proletariado oprimido. Un pueblo perseguido por siglos, el judío, confiado en sus certezas morales, ha acabado eligiendo una estrategia que usa sobre otros los métodos crueles que fueron usados contra él. En realidad, la historia de la humanidad está llena de casos que muestran que aquellos colectivos discriminados que se creyeron con el derecho de elegir cualquier medio han acabado reproduciendo la dominación o provocando más violencia.

Es cierto que los sectores subordinados pueden estar en peores condiciones para elegir sus métodos, pero eso no significa que su lucha contra la discriminación quede al margen de todo criterio moral o racional. Puede afirmarse que la bondad de un medio depende de dos factores principales. Ante todo, el medio que se utiliza no puede ser sustancialmente perverso. Incluso en situaciones de guerra, ya sabemos que no es cierta aquella idea de que todo es válido. El ataque indiscriminado a poblaciones civiles es sustantivamente un crimen y quienes lo cometan, incluso en nombre de los pueblos oprimidos de la tierra, deben ser moral y judicialmente condenados. En segundo lugar, el medio debe ser coherente en términos procesales: es necesario que permita acumular fuerzas para avanzar hacia el buen fin y no provoque agravios compensatorios, choques innecesarios o efectos contraproducentes. En suma, el cuidado en la elección de los medios es una responsabilidad moral y racional insoslayable, que no está necesariamente garantizada por la bondad de los fines, algo que resulta inapelable desde el campo de las relaciones internacionales al de las relaciones personales.

Es decir, puede afirmarse que hoy el margen de amplitud sobre los medios para definir cuando se adoptan posiciones de izquierda también se ha reducido notablemente. Ya no se trata solamente de las enfermedades infantiles que denostaba Lenin, sino de la necesidad de mantener una coherencia mayor entre fines y medios; una reivindicación que está muy presente en muchos de los movimientos sociales actuales (y con bastante fuerza en diversos sectores que participan en el proceso del Foro Social Mundial). Todo lo cual nos lleva a adoptar con rigurosidad una consecuencia lógica: si el método también importa y no es algo secundario con respecto de los fines, como parece desprenderse de la clasificación de Bobbio, entonces la idea tan frecuente en el siglo pasado de que se es más de izquierda conforme se es más extremo, ha dejado de ser válida definitivamente (obviamente, el movimiento en la dirección opuesta nunca fue considerado de izquierdas). Ahora es necesario reflexionar a fondo sobre la calidad de los fines y de los medios, con entera honestidad intelectual, para poder identificar las posiciones de izquierda.

Respecto de la primera parte de la reflexión, la tarea sería larga si se intentara un recuento pormenorizado de aspectos a considerar de la realidad social que forman parte relevante del ideario de la izquierda. Por eso, parece útil recoger la reflexión que hizo Claus Offe sobre los principales núcleos generadores de lógicas de ordenamiento societal: el mercado, el Estado y la sociedad civil. Como es sabido, Offe considera que hasta ahora se ha tendido a privilegiar uno de esos tres elementos para ordenar la sociedad: “Las viejas opciones son monísticas, al considerar que bien el Estado, el mercado o la sociedad civil resulta el verdadero garante del orden y la cohesión sociales”. Su opción es otra: “Las soluciones más prometedoras son esencialmente impuras: ninguno de los esos tres principios generadores de orden social deben ser enfatizados exclusivamente, sino que todos han de ser tomados en

consideración en el contexto complejo y mixto de los arreglos institucionales”. (Offe, 1998). Ese parece, pues, un buen punto de partida para reflexionar sobre el ideario de la izquierda, aunque la tarea deba comenzar por reconocer cual es la concepción que se tiene de cada uno de los tres núcleos de ordenación societal.

2.4 Mercado, economía, globalización

Como se describió anteriormente, una de las características centrales de este período consiste en que la globalización se extendió portando la hegemonía ideológica de una interpretación neoliberal, que hacía del mercado el principio ordenador no sólo de la economía sino de la sociedad en su conjunto. Como expresaron Lechner y Calderón, la estrategia neoliberal “toma el mercado por el principio constitutivo de la reorganización social. Al hacer del mercado el principio ordenador del proceso, los países latinoamericanos impulsan no sólo una vigorosa expansión de la economía capitalista de mercado, sino también y por sobre todo la instauración de una verdadera sociedad de mercado. Es decir, una sociedad donde los criterios propios de la racionalidad del mercado –competitividad, productividad, rentabilidad, flexibilidad, eficiencia- permean todas las esferas, incluido el ámbito político. La política no sólo ha de respetar las variables del ‘equilibrio macroeconómico’ sino que además, a la inversa, está condicionada por los criterios del mercado. Dicho en términos mas generales: las orientaciones básicas de la vida social (principio de de maximización de beneficios privados) presionan las bases normativas de la vida democrática (orientaciones de bien común).” (1998).

El efecto que ha causado esta dinámica en los años noventa ha sido analizado con imprecisión. Más adelante se tratarán los efectos socio-políticos, pero ahora hay que detenerse en los socioeconómicos. Los

críticos del paquete globalización-neoliberalismo hablan de un empobrecimiento absoluto de la región, lo que ciertamente no está refrendado por la información estadística. De acuerdo a datos de CEPAL, la imagen de lo sucedido en los noventa está bastante clara: en cifras absolutas, se ha producido un aumento del número de pobres, como consecuencia del crecimiento poblacional, pero en cifras relativas, la proporción de hogares bajo la línea de pobreza se ha reducido levemente, si bien ha continuado aumentando el índice de Gini, es decir, se ha incrementado la desigualdad en el ingreso. Ciertamente, los datos promedio necesitan no olvidar crisis nacionales como la argentina, que, en dos años, duplicó la cantidad relativa de pobres en ese país (entre el 23 y el 43%, cuya reabsorción se ha mostrado lenta).

Cuando se comparan los datos estadísticos con las admoniciones apocalípticas del empobrecimiento absoluto, hay quienes obtienen conclusiones tranquilizantes. Un error, porque estos datos no muestran directamente un hecho clave: que la verdadera brecha tiene lugar entre las expectativas creadas por los reflejos mediáticos del consumo novedoso y los esfuerzos reales de la gente por salir adelante en la vida real. En realidad, lo que se produce en los años ochenta y noventa en América Latina es un regreso a la separación de las esferas de consumo, característico de los procesos de concentración del ingreso, pero en un contexto de una ampliación del escaparate mediático del consumo. Por eso, a fines de los años noventa, comienzan a producirse signos evidentes de fatiga y descontento social. La brecha entre expectativas y vida real se hace progresivamente insoportable, especialmente en los sectores de menores ingresos.

Es necesario examinar en que contexto sociopolítico tiene lugar el desarrollo de esa brecha, para reconocer mejor sus vías de expresión, pero parece existir evidencia suficiente como para afirmar que “Se hace patente la conclusión: el mercado por sí sólo no genera ni sustenta un orden social” (Lechner y Calderón).

Ahora bien, la evidencia del fracaso de la propuesta neoliberal de hacer del mercado el principio básico de reordenación de la sociedad, parece conducir a sectores de la izquierda latinoamericana a un regreso al rechazo ciego del mercado como instrumento de asignación de recursos. Algo que, desde luego, es mucho más discutible. No es necesario comulgar con las ideologías sobre las mágicas capacidades de autoregulación del mercado o sus supuestas eficacias operativas, para reconocer el hecho de que la supresión del mecanismo imperfecto que es el mercado, hace valer el viejo aserto de que es mucho peor el remedio que la enfermedad. Es cierto que el mercado necesita del Estado para autorregularse efectivamente, pero el intento de sustituirlo por el propio Estado para reasignar recursos se ha demostrado un completo fracaso, del cual la izquierda está obligada a aprender sin paliativos. Y a incorporar ese hecho en el interior de su cuadro valórico, que no se ve afectado centralmente.

De hecho, es una constante en la región que los partidos de izquierda que tienen posibilidades de constituirse en opción de gobierno, proponen un programa de lucha contra la pobreza y la desigualdad, pero ninguno se plantea como objetivo la eliminación del mercado. Porque una cosa es la subordinación del mercado a los criterios públicos de bienestar común, y otra, muy otra, plantearse eliminar el mercado; algo, que, a la postre, se vuelve contra esos mismos criterios de bienestar.

Ahora bien, hay que reconocer que la aceptación del mercado como instrumento económico plantea serios interrogantes. En primer lugar, plantea frontalmente la cuestión de si el mercado puede o no desprenderse del capitalismo; o dicho a la inversa: si ya sabemos que el capitalismo no puede sobrevivir sin mercado, cabe preguntarse si el mercado puede existir al margen del sistema capitalista.

Es importante consignar que una reflexión sobre la izquierda no puede detenerse sólo en la discusión acerca del rechazo del capitalismo

salvaje que impulsa la propuesta neoliberal. En torno a esto puede haber coincidencia con muchas otras fuerzas políticas, que no se reconocen de izquierda. Pero la izquierda no puede tener únicamente el propósito defensivo de luchar contra el capitalismo salvaje: debe tener alguna idea, aunque sea discreta, sin esa soberbia prospectiva que le ha caracterizado en el pasado, sobre los trazos de un orden social basado en la justicia, la libertad y la solidaridad (valores que siguen siendo sus señas de identidad).

La respuesta que da Przeworski (1995) a la pregunta anterior es positiva: el mercado puede existir en sistemas que no son capitalistas. De hecho, menciona dos perspectivas posibles: el sistema que impulsa la socialdemocracia sobre la base de sus reformas continuas y lo que denomina “socialismo de mercado”. Este último refiere sobre todo a los experimentos de empresas cooperativas y autogestionarias que tuvieron lugar en algunos países del Este y hoy se desarrolla, con otras características, aceleradamente en China. Pero la dificultad de uso que tiene esta última referencia es que no permite reflexionar sobre un cambio de estructuras manteniendo el mercado, como se plantea en la actualidad.

La perspectiva socialdemócrata ha ofrecido un escenario diferente. A comienzos de los años setenta se originó en Europa una discusión interesante entre economistas de izquierda, incluyendo los eurocomunistas, acerca de cuál podía ser la perspectiva de unas sociedades que, de forma estable, mantenían al mercado como un elemento subordinado de formación de la demanda. Si el mercado se subordinaba cada vez más a la concertación entre capital y trabajo y a las orientaciones vinculantes del sistema político, surgía una interrogante: ¿podría hablarse en el futuro de sociedades capitalistas o, por el contrario, se estaba entrando en algún tipo de sociedad transicional o simplemente diferente?

Ciertamente, lo que ha sucedido desde entonces se ha orientado en una dirección bastante opuesta, pero ello no resta validez a la reflexión de comienzos de los setenta en el caso de que las condiciones del desarrollo del Estado de Bienestar hubieran seguido avanzando. Y, definitivamente, esa discusión constituía una señal de que las políticas socialdemócratas podrían convertirse en algo más que la simple administración del sistema establecido. Dicho en breve, todo indica que establecer reformas en términos de justicia social, acaba teniendo efectos pertinentes de carácter sistémico.

Ahora bien, mantener el mercado como instrumento económico, aunque sea en economías mixtas, especialmente si se basan en recursos finitos, plantea siempre la posibilidad de la crisis económica y/o de las oscilaciones cíclicas. Es decir, significa cabalgar sobre un ágil potro, que, por muy domado que parezca, nunca se domina por completo.

Como puede captarse, esa reflexión es válida para los mercados nacionales, pero tiene hoy una dimensión superlativa en el contexto de la globalización. Ciertamente, esto plantea un dilema: podemos rechazar el discurso y la estrategia neoliberales, pero si se acepta el mercado ¿es realista o incluso bueno rechazar hoy el comercio global? Es ya una evidencia que, si los mercados relativamente cerrados son difíciles de manejar, mercados completamente abiertos son notablemente menos manejables. En realidad, la globalización de los mercados plantea descarnadamente la disyuntiva: buscar por diversos medios la protección del mercado nacional o subirse a la lógica de la mundialización de los mercados. La izquierda ha ensayado desde hace veinte años la primera fórmula (Francia, Alemania, Suecia, sin mencionar algunos ejemplos dramáticos en la región) y no parece dar resultado en el terreno propiamente económico. La tercera vía británica se orientó hacia el lado opuesto y no presenta malos indicadores económicos, pero ha descubierto una paradoja: si no quiere que los indicadores sociales se derrumben necesita de mucho más Estado del que quiso imaginar.

El esfuerzo del PNUD en torno a cómo lograr que el comercio global sea beneficioso para la gente, realizado a comienzos de este siglo, ofrece elementos para describir el dilema. Su informe parte de una premisa teórica: “Al ampliar los mercados, facilitar la competencia, difundir los conocimientos, acercar las nuevas tecnologías y estimular las mejoras de productividad, el comercio puede fomentar el crecimiento económico, reducir la pobreza y conseguir mejores resultados en materia de desarrollo humano” (PNUD, 2003). Es cierto, el comercio global *puede* hacer todo eso (por ello negarlo de antemano no es precisamente una posición de izquierda), pero la cuestión es si realmente lo está haciendo y si en determinadas condiciones no puede también hacer lo contrario.

Dicho de otra forma, la alegre esperanza de propuestas como la inicial de Tony Blair en cuanto a que el comercio global *hará automáticamente* todas esas cosas que aumentarán el bienestar, diez años después ya no se sostienen. Ahora se sabe que el impacto sobre el bienestar depende, en buena medida, de cuales son las circunstancias en que tiene lugar el comercio global. Por ejemplo, en términos de relaciones entre Norte y Sur, el informe del PNUD afirma: “El acceso a los mercados es importante para que los países en desarrollo puedan alcanzar un nivel que les permita competir en pie de igualdad. Sin embargo, tal cosa no basta. Los países en desarrollo obtienen menos beneficios del comercio que los países industriales, en parte por la caída de los precios de los productos básicos y en parte por su especialización en exportaciones de bajo valor añadido. También carecen de la posibilidad de compensar a quienes se ven perjudicados por la liberalización del comercio. Por el contrario, los países industriales se benefician mucho más del comercio y han desarrollado mecanismos que les permiten hacer frente a las vulnerabilidades inducidas por la liberalización. Si se quiere atender a las necesidades del desarrollo humano, el régimen global de comercio

tiene que reflejar esas diferencias con mayor seriedad y eficacia que en la actualidad”.

En breve: el comercio global hoy no está haciendo eso y cabe preguntarse por qué camino llegaría a hacerlo. Así las cosas, la izquierda tiene que encarar la globalización sin mistificaciones, tanto a escala nacional como propiamente global. Pero la información que se obtiene al respecto conduce a dos conclusiones básicas: 1) que rechazar la globalización económica sin distinguirla de las políticas neoliberales es la versión actual de confundir las máquinas con el capital que las produce; 2) en dirección opuesta, es completamente cierto que existe una gran diferencia entre los gobiernos de derecha que promueven la globalización desde una óptica neoliberal y los gobiernos de izquierda que se empeñan en cautelar la globalización, tratando de obtener sus ventajas y de compensar sus efectos negativos, en especial sobre los sectores más vulnerables. Esa diferencia es suficientemente importante (para la gente) cómo para que se constituya en una tarea y un reto para la izquierda latinoamericana. Ciertamente, a nivel global no hay que esperar grandes logros inmediatos, pero también hay bastante trabajo por hacer: construir plataformas subregionales, alianzas políticas globales, etc.

Desde luego, la izquierda responsable que enfrente así la globalización, sufrirá la crítica de otros sectores de la izquierda social y política. En efecto, la izquierda retórica advertirá que esa tarea no significa el paso hacia una sociedad diferente, basada en los valores emancipatorios que la justifican. Y es necesario no disimular el punto, porque tienen toda la razón: evitar los destrozos sociales de una globalización neoliberal no significa la construcción de un orden social distinto, basado en la justicia, la libertad y la solidaridad.

En verdad, una adecuada respuesta tiene otros caminos. En primer lugar, cabe recordarle a esa izquierda retórica cual es el punto de

partida de este nuevo período histórico: porque no fue aquel inminente derrumbe del capitalismo que nos vaticinaron en los años setenta, con la primera crisis del petróleo, sino una derrota política global de las izquierdas, a manos de una nueva derecha que ganó la hegemonía ideológica neoliberal en sectores claramente mayoritarios de la población. Reconocer con claridad las derrotas y sus consecuencias es un buen punto de partida para evitarlas en el futuro.

En segundo lugar, reconocer con claridad que el actual malestar social no quiere decir un cambio de valores y cultura política entre la población, que mantiene en buena medida el impacto de la hegemonía ideológica del neoliberalismo (y más adelante veremos la necesidad de no confundir las minorías activas con el grueso de la ciudadanía). Dicho de otra forma – y no me importa que suene a gramsciano- ya sabemos que forzar un cambio radical sin haber conquistado antes la hegemonía ideológica y cultural, se suele pagar muy caro. Y, en ese sentido, no habrá que perder la esperanza de que la izquierda retórica y/o extrema haya aprendido del pasado que poner presión interminable a los gobiernos de la izquierda conduce con alta frecuencia a la fragilización de la izquierda en su conjunto. Lo que, en verdad, supone haber aprendido a distinguir entre la crítica necesaria y el juicio sumario, abandonando esa idea de que si la izquierda en el gobierno no avanza de inmediato hacia el cambio estructural, llevando al país a la crisis, incluso violenta (pequeñeces), entonces es que no es realmente de izquierda sino de centro (ese es precisamente el título del análisis que hace Beatriz Stolowicz de la llegada del Frente Amplio al gobierno uruguayo, 2005).

En realidad, la verdadera izquierda debe saber en que contexto se produce su acceso al gobierno y atenerse a lo que promete en su programa electoral. Está prometiendo cambios concretos en las políticas económicas que mejoren la situación de la gente. No debe confundirse: su paso por el gobierno no significará la constitución de un nuevo orden

social, pero si logra mejorar las condiciones sociales en este contexto difícil y evitar a toda costa la corrupción interna, habrá dejado en alto la experiencia pública de la izquierda. Y quizás eso permita modificar la correlación ideológica de fuerzas. Pero tampoco debe hacer de la necesidad virtud: abandonar su determinación de avanzar claramente hacia un profundo cambio en el orden social, de acuerdo con sus valores emancipadores, suele producir indefectiblemente su deslegitimación a corto o mediano plazo.

2.5 Estado, sistema político, democracia

El otro núcleo básico de referencia societal que también ha sufrido transformaciones en este período es indudablemente el Estado. Como se sabe, su presencia ha sido el principal objeto de críticas y, por supuesto, el causante de la crisis económica de los setenta, según la interpretación neoliberal. Desde este enfoque, la reducción del Estado era necesaria en el plano económico, para liberar de sus ataduras a las fuerzas creadoras del mercado y levantar los controles que abrían las economías nacionales al mercado global. Pero también tenía intenciones más amplias: el uso del mercado como principio de ordenación social necesita de la descentralización de la política y el Estado. Y en esa lógica, la crisis de confianza en los proyectos colectivos y la incertidumbre general del cambio epocal, conducían inequívocamente a la crisis de la política y al descrédito de sus principales operadores, los partidos políticos. Dicho en breve, la población y en especial los sectores pobres quedaban ante la necesidad de rascarse creativamente con sus propias uñas. Algo que, desde el discurso neoliberal, había que colocar en términos positivos: el poder constructivo de la sociedad civil. Puede afirmarse que hacia mediados de los años ochenta ese imaginario estaba prácticamente listo para ser consumido.

Lo interesante es que no sólo fue construido desde el enfoque neoliberal, sino también desde amplios sectores sociales y desde buena parte de la izquierda en su esfuerzo por recomponerse de la derrota política de los años setenta. Algunos análisis aseguran que el encumbramiento de la sociedad civil fue simplemente producto de la victoria ideológica de la nueva derecha. Sin embargo, parece más verosímil la idea de una convergencia temporal, que, desde luego, favoreció por quince años a esa nueva derecha. En todo caso, la cuestión de fondo es que la organización desde la sociedad civil se vio como alternativa a la política y los políticos, en amplios sectores progresistas, hasta prácticamente finalizar los años noventa.

Más adelante se examinará el tema de la sociedad civil, pero ahora lo importante es analizar los efectos que este discurso ha tenido para la izquierda en su conjunto, en cuanto a su percepción de la política y el Estado. Puede afirmarse que, desde los comienzos de este siglo, se aprecian tres corrientes en un cuadro muy dinámico: 1) el resurgimiento de una teoría del Estado bastante tradicional, frecuente en la izquierda de antes de la crisis de los setenta; 2) la sistematización progresiva de la sensibilidad contraria al Estado y, en general, anti-poder; 3) una reflexión y una actitud actualizada en torno al Estado y el sistema político democrático.

La primera corriente representa una reiteración de las viejas tesis sobre el Estado como instrumento de clase, bien en su versión más elemental o a través de la visión supuestamente más sofisticada que describe el Estado como espacio particular de las relaciones de clase (con o sin ecos poulantzianos). Parece que se hubieran olvidado las conclusiones de la discusión en la izquierda sobre este tema, entre los sesenta y los setenta, que mostró claramente que el Estado tiene aquella famosa “autonomía relativa”, por cuanto es a la vez instrumento y espacio de procesamiento de las decisiones colectivas. En efecto, no es un

simple instrumento de las clases dominantes, como plantearon siempre los ortodoxos, ni tampoco un espacio aséptico donde las expresiones políticas de la ciudadanía discuten los problemas de la sociedad. Es ambas cosas y que sea más lo uno o lo otro, depende precisamente del sistema político imperante; algo que la visión instrumentalista tiene dificultad de captar, lo que le supone un grave problema agregado: la desvalorización del sistema democrático.

La segunda corriente tiene diferentes versiones. Por un lado, se expresa en algunos de los sectores enamorados del desarrollo local, que consideran que el Estado-nación ha entrado en crisis y que el desarrollo debe hacerse desde el plano local, que se articula como una red que no tiene ningún centro nacional. Una posición aún más fragmentadora es la que se fascina con lo *glocal*, es decir la articulación de lo local con lo global, superando la vieja referencia a lo nacional. Pero también se ha desarrollado una tendencia más ácrata que no sólo confronta el Estado sino el poder en general: es el discurso anti-poder, que impregna diversos sectores que asisten al Foro Social Mundial, pero que también se hace propuesta política (como lo plantea el conocido trabajo de Holloway, 2002).

La tercera corriente recoge diferentes sectores que tienen en común la valoración de la democracia como sistema político. Como se ha repetido en los últimos veinte años, uno de las asignaturas pendientes de la izquierda latinoamericana es la necesidad de procesar su valoración de la democracia. La declaración del Frente Sandinista en 1990 acerca del agotamiento de la vía armada y de la opción del enfrentamiento armado para dirimir la lucha política, que le llevó a aceptar el resultado de las elecciones abiertas de ese año, tuvo sólo un efecto relativo en el conjunto de la izquierda y, en particular, sobre su valoración del régimen democrático. Pero, por un camino u otro, diversos partidos de izquierda han ido revisando su posición al respecto. Eso no significa que todos

hayan hecho la tarea a cabalidad: muchos de ellos siguen hablando de la vía electoral mucho más que de la democracia (lo que sigue mostrando la peligrosa fantasía de creer que pueden ganar una vez las elecciones y quedarse para siempre en el poder). En general, los partidos que van valorando la democracia dejan de ver el Estado a través de los tópicos del pasado.

Sin embargo, sorprende ver como esos tópicos permanecen como contraseñas culturales en sectores de la izquierda latinoamericana. Uno de los más frecuentes, que se usa para desvalorizar la democracia, es el de su calificación como *burguesa*. En realidad, se trata de la repetición de una idea, tomada de los clásicos, que tuvo fundamento en una etapa histórica, pero que dejó de tener sentido precisamente como producto de la lucha del movimiento obrero y otras fuerzas progresistas entre mediados del siglo XIX y la primera guerra mundial. En efecto, durante buena parte del siglo XIX, existió una democracia burguesa en el sentido estricto de la palabra: se trataba de un sistema político elitista, basado en un sistema electoral censitario, que sólo incluía a los propietarios o a los nobles-propietarios (sobre todo en las monarquías constitucionales). Pero esa democracia burguesa fue combatida por el cuarto estado y específicamente por el movimiento obrero, sobre todo en Europa, hasta transformarla en la democracia de masas, basada en el sufragio universal, al inicio del siglo XX. El historiador del movimiento comunista, Fernando Claudín, dio cumplida cuenta de esa crucial transformación, explicando de paso las razones por las que el comunismo de Moscú trató de enterrar durante decenios esa verdad histórica (consiguiendo éxitos en algunas regiones).

Es importante consignar que, hoy, cuando la democracia de masas ha conseguido basarse plenamente en el sufragio universal, desde que a mediados del pasado siglo quedaron incluidas las mujeres, la democracia pluralista de representación directa y sufragio universal, se ha con-

vertido en patrimonio de toda la humanidad (como queda establecido en la Carta de Naciones Unidas). Y nadie puede confundir este hecho con las excusas imperiales que tratan de imponer ese sistema político por la fuerza sobre Estados soberanos, como sucedió con la invasión de Irak.

El otro gran tópico que desvaloriza la democracia se ha construido con los avatares de este período. Se trata de la idea de que es necesario sustituir la democracia representativa por la democracia participativa. En el fondo, esta perspectiva procede de la crisis de la política y el encumbramiento de la sociedad civil: si hay desconfianza de los instrumentos de representación política (los partidos sobre todo) y coincidencia en que la sociedad civil es nuestra homóloga, la solución es obviamente la participación directa. Es decir, no se busca resolver los problemas de la representación, sino sustituir ese mecanismo dañado por la participación. Sin embargo, esa idea sólo incrementa la dimensión del problema. Un fundamento básico de la democracia como sistema político consiste en la posibilidad de elegir: las elecciones no son otra cosa que establecer las condiciones para que toda la ciudadanía pueda escoger entre las opciones de gobierno que se proponen. Con frecuencia se aduce que ese sistema se pervirtió, entre otras causas, porque las campañas se sumergen en trucos mediáticos, que hacen difícil que el electorado pueda elegir sanamente un programa de gobierno. La cuestión es que resulta obvio, por las experiencias (PT en Brasil, Frente Amplio en el Uruguay, por citar las más recientes), que esa dificultad efectiva no es insuperable. Pero, además, el punto es si la izquierda debe luchar por sanear los mecanismos de representación o más bien dejarlos caer.

Ahora bien, ¿que interés tiene elegir sanamente un programa de gobierno, si se sabe que posteriormente, mediante la participación directa de grupos sociales, se van a negociar las políticas públicas? No es necesario describir toda la secuencia lógica, pero resulta obvio que la disminución valórica de las elecciones, supone el aumento de la fragili-

zación de la representación y ello conduce a la deslegitimación general de la democracia. Dicho en breve, en un país con algunos millones de habitantes, que difícilmente pueden reunirse en el ágora y votar a mano alzada, sin democracia representativa no hay democracia. Claro, siempre se puede optar por la elección de los órganos de base, que eligen luego a los órganos del siguiente nivel, y así sucesivamente hasta llegar a los órganos centrales, pero ese es el más indirecto de los sistemas políticos.

Desde luego, una democracia simplemente electoral, sobre todo en países donde hay que resolver problemas serios, se convierte en un organismo enclenque, con una relación débil con el cuerpo social. Por eso, es verdad que la participación ciudadana que se articula y no sustituye la representación, se convierte en la fuente nutritiva de la democracia. Pero para que eso funcione adecuadamente, hay que desprenderse de la idea de que la inoculación continua de la participación resulta inocua o sólo puede ser positiva para el sistema político. El arte consiste en articular adecuadamente representación y participación, para que ambas se retroalimenten mutuamente, en la perspectiva del fortalecimiento general de la democracia.

A comienzos del presente siglo, el PNUD de América Latina informa con preocupación que la democracia en la región enfrenta serios problemas. Después de décadas de guerras y dictaduras, desde hace veinte años América Latina muestra, con cierto orgullo, el mantenimiento de gobiernos democráticos y, en algunos casos, transformaciones que señalan mejoras apreciables de sus sistemas políticos. Sin embargo, por otro lado, enfrenta una cada vez más evidente crisis sociopolítica, que se refleja en el desencanto y la insatisfacción ciudadana con esos sistemas políticos democráticos. En este cuadro, el Informe advierte que “la proporción de latinoamericanos/as que estarían dispuestos a sacrificar

un gobierno democrático en aras de un progreso real socioeconómico supera el cincuenta por ciento (54%)”. (PNUD, 2003).

Este desencanto no es monocausal como se sugiere con frecuencia. No es simplemente que la democracia política haya sido incapaz de responder a las necesidades económicas de la gente o, más aun, a sus expectativas de desarrollo. Ese factor existe, por supuesto, pero hay que incorporar otros tanto o más importantes. En primer lugar, que esas democracias se han desarrollado al tiempo que un discurso hegemónico que privilegiaba los valores del mercado y no los normativos del bien común. Eso ha producido, como señalan Lechner y Calderón (1998), “la erosión de las normas de civilidad”. En la medida que la modernización neoliberal impulsa las diferencias y debilita la noción de comunidad y orden colectivo, “esas normas sociales se desgastan”. “Cuando la violencia urbana, la corrupción impune, la inestabilidad en el empleo y una competitividad despiadada son la experiencia diaria de la gente, entonces los efectos centrífugos de la modernización ya no logran ser contrarrestados por las reglas de convivencia. Cada cual se afana como puede y reina la ley de la selva”. En breve, el deterioro de la cultura cívica que provoca la centralización del mercado como instrumento de ordenación social, socava la confianza comunitaria en las reglas del juego democrático.

El otro factor agregado que explica el deterioro de la democracia en América Latina es precisamente que sólo una parte de sus minorías activas está dispuesta a defender a fondo el sistema democrático.

Dado que no tienen conciencia del valor sustantivo de la democracia y sólo poseen un enfoque instrumental, la defensa de la democracia sólo aparece como un tema coyuntural. Sólo en los países donde la cultura cívica tiene raíces históricas (Chile, Uruguay, Costa Rica) buena parte de sus minorías activas valoran de forma sustantiva la democracia, lo que se traduce en que el apoyo a los sistemas democráticos se sitúa sobre

los tres cuartos de la población. Una razón principal para la desafección democrática de las minorías activas en América Latina refiere a su tradicional subvaloración del desarrollo sociopolítico respecto del socioeconómico. Por ello, cuando el Secretariado General de Naciones Unidas y el propio PNUD “descubren” a fines del siglo pasado eso de que el desarrollo de los pueblos no es sostenible sin sistemas políticos democráticos, la izquierda en esta región podría captar el significado profundo que tiene respecto de sus viejas concepciones: la idea de que lo crucial es la lucha contra la pobreza y que la democracia política es algo secundario, llegará por añadidura o es un lujo del Norte, resulta ya insostenible. Como alguien dijo, el desarrollo humano es una cuestión bastante oral: poder comer y poder hablar (y ninguna de las dos cosas es sostenible sin la otra).

Así, la democracia no sólo debe ser valorada por la izquierda latinoamericana como una cuestión de estrategia, sino como un valor fundamental que históricamente ayudó a poner en práctica con su propio esfuerzo. Hoy, ante las dificultades que enfrenta la democracia en la región, la izquierda no puede mirar el cuadro con indiferencia. Hay que decirlo claramente: el saneamiento y fortalecimiento de la democracia representativa y participativa es una de las principales tareas de la izquierda en América Latina y no hacerlo así, significa dejar de ser eso, de izquierdas. Algo que hay que discutir con las nuevas generaciones que se oponen a la globalización neoliberal. Una de las paradojas más chocantes de espacios como el del Foro Social Mundial es comprobar el cuidado que tienen en procurar que las decisiones de sus órganos de coordinación sean lo más democráticas posible y la ausencia de reflexión y menos aun de defensa de los sistemas democráticos en sus países. No existe otra explicación que la presencia de los tópicos arriba mencionados sobre la democracia en la cultura política de importantes sectores de la izquierda social y política en la región. Por eso resulta tan

urgente un debate al respecto, sobre el valor sustancial de la democracia, antes de que haya que regresar de nuevo a la lucha instrumental por la democracia, bajo regímenes autoritarios de cualquier naturaleza.

2.6 De la organización de la sociedad civil a la creación de ciudadanía

El tercer núcleo productor de lógica societal, la sociedad civil, es quizás el más directamente referido a la naturaleza del actual período histórico y, en relación con ello, el más ambivalente. Como se describió, el encumbramiento de la sociedad civil, que se produjo en esta región principalmente en los pasados años noventa, fue producto de dinámicas convergentes pero de sentido político opuesto. Por un lado, el discurso contra el Estado y a favor de la sociedad civil surgió de la propuesta neoliberal, desde el inicio de los años ochenta. A ese discurso se sumó, sin compartir necesariamente la perspectiva neoliberal pero también sin muchos miramientos, la mayoría de la cooperación internacional que opera en la región (hasta fines de los años noventa). Por el otro lado, el uso del espacio de la sociedad civil como un ámbito de organización social para defenderse primero de los regímenes autoritarios y después de los efectos del ajuste estructural (aunque en algunos países, como en Chile, eso sucedió al mismo tiempo), dio lugar progresivamente a una convergencia discursiva sobre la calidad de la sociedad civil frente al deterioro de la política y del Estado.

Desde ese enfoque, tuvo lugar un esfuerzo por desarrollar organizaciones de la sociedad civil, que contó con un considerable apoyo externo y consiguió establecerse, durante los noventa, como un actor importante en toda la región. Al adoptar esa naturaleza, se planteó rápidamente la competencia, deseada o no, con los operadores de la representación política, los partidos. En un principio, pareció que podría

haber una complementariedad temática: las organizaciones civiles se dedicaban a su especialidad sectorial, mientras los partidos actuaban como generalistas. Pero en algunos países, las organizaciones civiles pronto se articularon en coordinadoras, por su propio impulso o como producto de alguna circunstancia extraordinaria (en Centroamérica fue la respuesta al huracán Mitch), que les condujo a adoptar visiones nacionales de conjunto. Y desde ahí, fue lógico pensar en una interlocución directa con el Estado mediante la promoción de leyes de participación directa.

Se apuntaba así claramente el proceso de sustitución de la representación/partidos/ciudadanía por los mecanismos de la participación/organizaciones de la sociedad civil. Y lo interesante es que, como la valoración de las últimas era superior a las primeras, los partidos se enfrentaron a la exigencia de resituarse en el nuevo escenario, mientras, en el sentido opuesto, las organizaciones de la sociedad civil no parecían exigidas por preguntarse sobre la suerte de los partidos y el sistema político en su conjunto (la respuesta dada por la Coordinadora en Nicaragua a una encuesta realizada en el 2002 sobre la suerte de los partidos político fue ilustrativa: ese asunto no forma parte de nuestra agenda).

Sin embargo, el resultado de esta dinámica compleja comenzó a mostrar sus falencias a fines del pasado siglo. Un primera evidencia consistió en comprobar que el activismo de las organizaciones de la sociedad civil, en medio de una crisis de los partidos de izquierda, producía un efecto indeseado: el mantenimiento de los partidos de derecha en el poder con repetidas versiones del programa neoliberal (varios países en Centroamérica reflejan ese síndrome). Otra evidencia es que las crisis sociales con protagonismo de las organizaciones de la sociedad civil que lograban desestabilizar los gobiernos en la región no lograban un cambio sustantivo desde su perspectiva. La consigna argentina de “¡Que se vayan todos!” mostró claramente su falta de sentido político.

La interpretación que hace la izquierda retórica es que todo ello demuestra la necesidad de regresar a la construcción de la vanguardia revolucionaria que organice el tránsito (violento si no hay más remedio) hacia el socialismo. Es decir, una vuelta atrás respecto de la mencionada conclusión acerca del agotamiento de esa vía por parte de la mayoría de las fuerzas revolucionarias en Centroamérica, al comienzo de los años noventa. Pero entonces, ¿se encuentra la izquierda en un callejón sin salida? ¿Y que salida habría, desde una perspectiva de izquierdas?

Ultimamente, se comienza a desarrollar en la región una reflexión que transita del tema de la organización de la sociedad civil a una visión más amplia de la construcción de ciudadanía, que parece promisoría para la izquierda. Es cierto que esta reflexión, desde mediados de los noventa, tuvo lugar en el contexto de las discusiones sobre gobernabilidad. Pero su potencialidad permite una perspectiva alternativa, porque supone una lógica diferente. En un comienzo, la idea de gobernabilidad refería sobre todo a una relación funcional entre gobierno y gobernados, que permite el desarrollo nacional. Con objeto de subrayar la salubridad de esa relación, el PNUD, a partir de 1998, le agrega un apellido y así se denomina, al menos en el contexto de Naciones Unidas, gobernabilidad democrática. Pero en todo caso, la idea de gobernabilidad refiere sobre todo a una capacidad de gobierno y por tanto de tipo descendente, respecto de los gobernados, y, al menos en términos concretos, se refería fundamentalmente a la calidad y eficacia de las instituciones.

Por el contrario, la recuperación de la idea de ciudadanía guarda relación con una óptica de derechos, que es –como proceso lógico– de orden ascendente: desde los derechos ciudadanos hacia un gobierno que responde a esa soberanía ciudadana. Y, por otra parte, en términos de aplicación, se entiende que la calidad de la democracia no refiere sólo ni fundamentalmente a la calidad de las instituciones, sino sobre todo a la calidad de la ciudadanía.

Desde esta perspectiva de recuperación de la idea de ciudadanía, como sustento de la democracia, es que se tiene la necesidad de reconocer sus dimensiones. No se trata de tomar el camino clásico de Marshall, de pensar las distintas expresiones de ciudadanía según los campos: ciudadanía civil, política y social; sino las dimensiones de referencia y ejercicio de la ciudadanía, encontrándose así tres dimensiones principales: formal, sustantiva y activa (Gomáriz, 2001). De manera sintética, puede describirse cada una de ellas.

La ciudadanía formal refiere a la población que pertenece a una nación donde existe un Estado de Derecho, que le atribuye derechos y deberes; no se sabe si el ciudadano los interioriza o los ejerce, simplemente los tiene. La ciudadanía sustantiva refiere ya a las personas que se apropian de los derechos formales para usarlos y para discernir, decidir y elegir soluciones colectivas. Estas personas no participan continuamente ni se organizan específicamente para ejercer sus derechos, sino que lo hacen en ocasiones especiales.

Mientras tanto, la ciudadanía activa refiere a las personas que, generalmente sobre la base de una alta ciudadanía sustantiva, deciden organizarse y/o participar directamente en los asuntos públicos de manera frecuente y sostenida. Estas personas son miembros de las distintas organizaciones sociales y políticas, pero últimamente se identifican bastante con las organizaciones de la sociedad civil (y que en otros lugares se reconocen como activistas de la sociedad civil) y suelen funcionar en términos de minorías activas.

Es importante considerar que estas tres dimensiones no están radicalmente separadas. Con frecuencia, una ciudadanía sustantiva de calidad mejora las condiciones de la ciudadanía activa y viceversa, así como una buena calidad de ambas suele traducirse en la ampliación de los derechos ciudadanos, es decir, de la ciudadanía formal. Algo que, a su vez, facilita el aumento de calidad de las otras dos, en lo que podría verse como un círculo virtuoso.

Ahora bien, sobre todo en América Latina, especialmente desde la crisis de los años ochenta, se ha tendido a confundir estas tres dimensiones y, muy especialmente, la ciudadanía sustantiva y la ciudadanía activa. Se ha considerado que la construcción de ciudadanía sólo tiene lugar cuando se aumenta la ciudadanía activa, generalmente a través del desarrollo de organizaciones de la sociedad civil. Incluso, en los casos más extremos, sólo se consideraba la existencia de ciudadanía cuando el ciudadano participaba en grupos organizados, es decir, cuando tenía lugar la expresión de la ciudadanía activa.

Lo anterior guarda relación con el debate mencionado sobre representación y participación en la región. Ahora se produce un consenso creciente en torno a la idea de que debe existir una articulación sinérgica entre representación y participación, pero hace sólo diez años, la participación de la sociedad civil era la panacea y eso tenía sintonía con la idea de que sólo puede hablarse de ciudadanía cuando tiene lugar ciudadanía activa.

En este contexto, es importante reconocer que la ciudadanía sustantiva tiene como su escenario más frecuente el referido a la representación. Sin embargo, esto nos lleva a un dilema de importancia crucial para América Latina (y otras áreas del globo, como por ejemplo, Europa oriental). Una representación democrática funciona bien cuando existe ciudadanía sustantiva de calidad, porque en caso contrario no estamos ante representación democrática sino ante una democracia delegativa, donde el ciudadano formal no se apropia de sus derechos y obligaciones, sino que delega en el gobierno el conjunto de la solución de sus problemas. La ciudadanía sustantiva no delega en ese sentido, sino que, sobre la base de la confianza respecto de sus conciudadanos, acepta que otros le representen y por ello los elige soberana y democráticamente (y está dispuesta a retirarle la confianza si no actúa de acuerdo a lo que se supone ha sido motivo de su elección).

Existe creciente consenso acerca de que la debilidad crucial de América Latina no ha sido, en las últimas décadas, un déficit de grupos organizados de ciudadanos participando de forma sostenida y directa. Si se compara el asociativismo de Europa y América Latina, esta región muestra índices comparativos similares o superiores (según países). La cuestión es que ese asociativismo en América Latina no se asienta sobre una amplia ciudadanía sustantiva, entre otras razones por la ciudadanía activa, social o política, se ha preocupado muy poco de fortalecerla.

Así, puede afirmarse que existe correlación entre la debilidad de la ciudadanía sustantiva y la crisis de la democracia de la que nos advierte el informe regional del PNUD. Y sólo un aumento de esta dimensión de la ciudadanía, en articulación con el desarrollo de la ciudadanía activa, parece tener visos de constituir la base estable de una consolidación de la democracia en la región. Pero, para ello, es necesario dejar de confundir creación de ciudadanía, con el desarrollo de las minorías activas de un país. Ello puede apreciarse con claridad en el contexto de los datos ofrecidos por el referido informe del PNUD sobre la democracia (esos que desafortunadamente no son verdaderamente utilizados en las conclusiones del informe).

En efecto, hay un modelo muy determinado en la región al respecto: el que muestran países de fuerte organización social, como Bolivia y Paraguay, donde más del 50% de la población declara participar en alguna organización comunitaria o de defensa de derechos humanos, pero que son también los que menos defienden la democracia en toda la región, sólo un 34% (Bolivia) y un 22% (Paraguay), algo que los coloca como los países de mayor riesgo de instauración de un sistema autoritario en toda América Latina.

En el polo opuesto está Uruguay, que con sólo un 20% de la población se declara participando en alguna organización social, pero que defienden el sistema democrático un 71% de sus habitantes; dando

muestras de una consistente ciudadanía sustantiva, que sabe el valor de un Estado de Derecho y es capaz de discernir políticamente, pese a no tener una ciudadanía activa muy amplia. No es casualidad que sea precisamente este país el que haya logrado asociar en la actualidad la apuesta por el cambio político con el desarrollo de la democracia en la región.

En una situación preocupante están países como México o Perú, donde en torno al 40% de su población participa en alguna organización social, pero cerca de la mitad de sus poblaciones (45% en ambos casos) estarían dispuestos a aceptar un sistema autoritario que les resolviera sus problemas económicos. Una situación más preocupante todavía es la de la mayoría de los países centroamericanos, con unas sociedades poco organizadas y un apoyo a la democracia débil (en torno al 40%). Pero la paradoja también está presente en Centroamérica: el país con una sociedad civil más organizada (El Salvador) también es el que menos se identifica con la democracia (sólo un tercio de su población). Y en eso reside la explicación de la aparente contradicción que significa un apreciable activismo social y político y el mantenimiento incólume del mismo partido en el gobierno.

A la vista de ese escenario puede comprenderse fácilmente la potencialidad de crear ciudadanía en sus distintas determinaciones. Como se apuntó, la base del sistema democrático reside en la articulación de una fuerte ciudadanía sustantiva con el desarrollo de la organización de la sociedad civil y, sobre esos dos pies, favorecer la consolidación de la democracia ciudadana en la región. Esa democracia, desde luego, es la que levanta los temores de la derecha coherente, como Hayek, cuando afirma que una democracia ciudadana siempre acaba siendo una amenaza para el orden dominado por el mercado. Por eso, la palabra de orden de la izquierda no es simplemente crear, como sugiere Nils Castro, porque no es cierto que la izquierda latinoameri-

cana no haya creado propuestas propias, sino poner toda la mente y el corazón en crear una alternativa viable. Y eso parece que hoy pasa por crear, crear y crear ciudadanía en todas sus dimensiones. Una tarea que la izquierda no debe enfrentar sola, desde luego, sino convocando a todos los sectores sociales y políticos a un pacto por la democracia y la ciudadanía.

Alguien podría levantar su ceja y preguntarse: ¿pero esto no parece una adaptación de la vieja idea gramsciana de la construcción de la hegemonía ideológica y política como prerequisite para el cambio social? Y mi respuesta es: puede ser, pero también refiere a un conjunto muy amplio de ideas procedentes de la izquierda democrática en todo el mundo y desde hace mucho tiempo. Solo habría que añadir que el desarrollo y la profundización de la democracia ciudadana, basada en una ciudadanía consciente, necesita un punto de partida insoslayable: el respeto irrestricto a las reglas del juego democrático. Como dice Przeworski, una democracia verdadera es el sistema político donde siempre se pueden perder unas elecciones. La tentación de la izquierda de encontrar caminos para mantenerse en el Gobierno, que no sean los procedentes de su validación ciudadana respecto a cómo resuelve los problemas de la gente, conduce a fantasías autoritarias o a dramáticos juegos de corrupción para conservar el poder. En breve, conduce a negarse a sí misma, porque en el siglo XXI la izquierda latinoamericana será plenamente democrática o no será.

En suma, si la izquierda tiene una cabal comprensión de los núcleos nodales de ordenamiento societal que se relacionan con sus objetivos fundamentales, los problemas de formulación de su estrategia serán mucho menores. En síntesis, si la izquierda: 1) encara la necesidad del mercado como instrumento de reasignación de recursos y busca sistemáticamente distinguir entre el proceso objetivo de globalización económica y la propuesta neoliberal; 2) asume el valor sustantivo de

la democracia política, que permite hacer del Estado el espacio de procesamiento de las decisiones colectivas; 3) se compromete con el fortalecimiento de la ciudadanía, tanto activa como sustantiva; entonces será más fácil identificar una estrategia pacífica, basada en el desarrollo de la democracia representativa y participativa, para impulsar cambios en las condiciones materiales y en la cultura política, que permitan ir conformando una sociedad diferente, de acuerdo a los valores emancipatorios que defiende.

BIBLIOGRAFÍA

Blair, Tony (1998). *La Tercera Vía*. Madrid, El País/Aguilar.

Borón, Atilio (2005). *La renovada presencia de la izquierda en la vida política latinoamericana* (www. Rebelión. org)

Bobbio, Norberto (1998). *Derecha e izquierda*. Madrid, Taurus.

_____(1989). *El futuro de la democracia*. México, Fondo de Cultura Económica.

Calderón, F. y Lechner, N. (1998). *Más allá del Estado, mas allá de mercado: la democracia*, La Paz, Bolivia, Plural.

Castro, Nils (2003). *Las izquierdas latinoamericanas: observaciones a una trayectoria*. Cuadernos de Trabajo. Fundación Friedrich Ebert.

Dahl, Robert (1999). *La democracia. Una guía para los ciudadanos*. Madrid, Taurus.

Giddens, Antony (1996). *Beyond Left and Right. The future of Radical Politics*. Londres, Polity Press.

- Giddens, Antony (2000). *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid, Taurus.
- Gomáriz, Enrique. (1977). *El Estado en las formaciones sociales dependientes. El caso de América Latina*. Lisboa, Presencia.
- _____(1984). “Por la reconversión ideológica de la izquierda”, en *Leviatán*, N. 17, Madrid.
- _____(1997). *La crisis de las ciencias sociales en el Norte y América Latina. Un estudio comparado*. Cuadernos de las Ciencias Sociales, San José, FLACSO.
- _____(2001). *La encrucijada de los partidos políticos en el inicio del siglo XXI*. Documentos de Trabajo, San José, Fundación Friedrich Ebert.
- _____(2002). *Principales corrientes de la socialdemocracia ante el presente cambio epocal*. Documentos de Trabajo, San José, Fundación Friedrich Ebert.
- Harnecker, Marta (2004). *Sobre la estrategia de la izquierda en América Latina*. (ver en www.Rebellion.org).
- Holloway, John (2002). *Cambiar el mundo sin cambiar el poder*. México, Herramienta/ Universidad Autónoma de Puebla.
- Offe, Claus (1998). *The present historical transition and some basic design options for societal institutions*, Berlin. Humbolt University.

- PNUD (2003). *Como lograr que el comercio global sea beneficioso para la gente*. Nueva York, PNUD.
- (2004). *Informe sobre la democracia en América Latina*. Nueva York. PNUD.
- Przeworski, Adam (1995). *Democracia y mercado*. New York, Cambridge University Press.
- Savater, Fernando (1998). *Ética, política y ciudadanía*. México, Grijalbo.
- Stolowicz, Beatriz (2004). *La izquierda latinoamericana: gobierno y proyecto de cambio*. Madrid. FIM.
- (2005). “Uruguay: ¿triumfo de la izquierda o del centro?”, en *Uruguay. De la Utopía al poder*. Quito, La Tierra.

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS

138. Ludwig Guendel, Manuel Barahona, Eduardo Bustelo. *Derechos Humanos, niñez y adolescencia*. Setiembre 2005.
139. Leonardo Garnier. *El espacio de la política en la gestión pública*. Noviembre 2005.
140. Alberto Minujin, Enrique Delamónica, Alejandra Davidzik. *Pobreza infantil. Definiciones, mediciones y recomendaciones de políticas públicas*. Febrero 2006.
141. Roxana Hidalgo Xirinachs. *Mito y poder. Sobre la diferencia entre feminidad y masculinidad en la novela Casandra de Christa Wolf*. Abril 2006.
142. Carlos Sojo (compilador) *Pobreza, exclusión social y desarrollo. Visiones y aplicaciones en América Latina*. Junio 2006.
143. Ronald Soto Quirós, David Díaz Arias. *Mestizaje indígenas e identidad nacional en Centroamérica. De la Colonia a las Repúblicas Liberales*. Setiembre 2006.
144. Edith Olivares Ferreto. *Migraciones y división social del espacio. El asentamiento de la población nicaragüense en el cantón Central de San José, Costa Rica*. Noviembre 2006.
145. Quirine Eijkman. *El largo camino hacia la policía comunitaria: Las estrategias de derechos humanos para la policía en Costa Rica*. Febrero 2007.
146. Dr. Luis Antonio Sobrado González. *Democratización interna de los partidos políticos en Costa Rica*. Abril 2007.
147. Edelberto Torres-Rivas, Enrique Gomáriz Moraga. *Qué significa ser de izquierda en el siglo XXI. Notas para una crítica de la razón revolucionaria*. Junio 2007.

MAYOR INFORMACIÓN SOBRE NUESTRAS PUBLICACIONES

<http://www.flacso.or.cr>

Distribución de Publicaciones: libros@flacso.or.cr